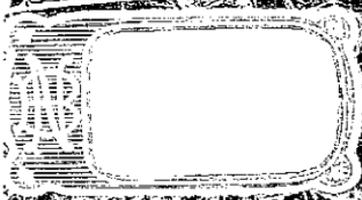
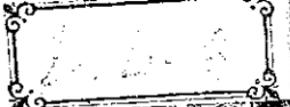
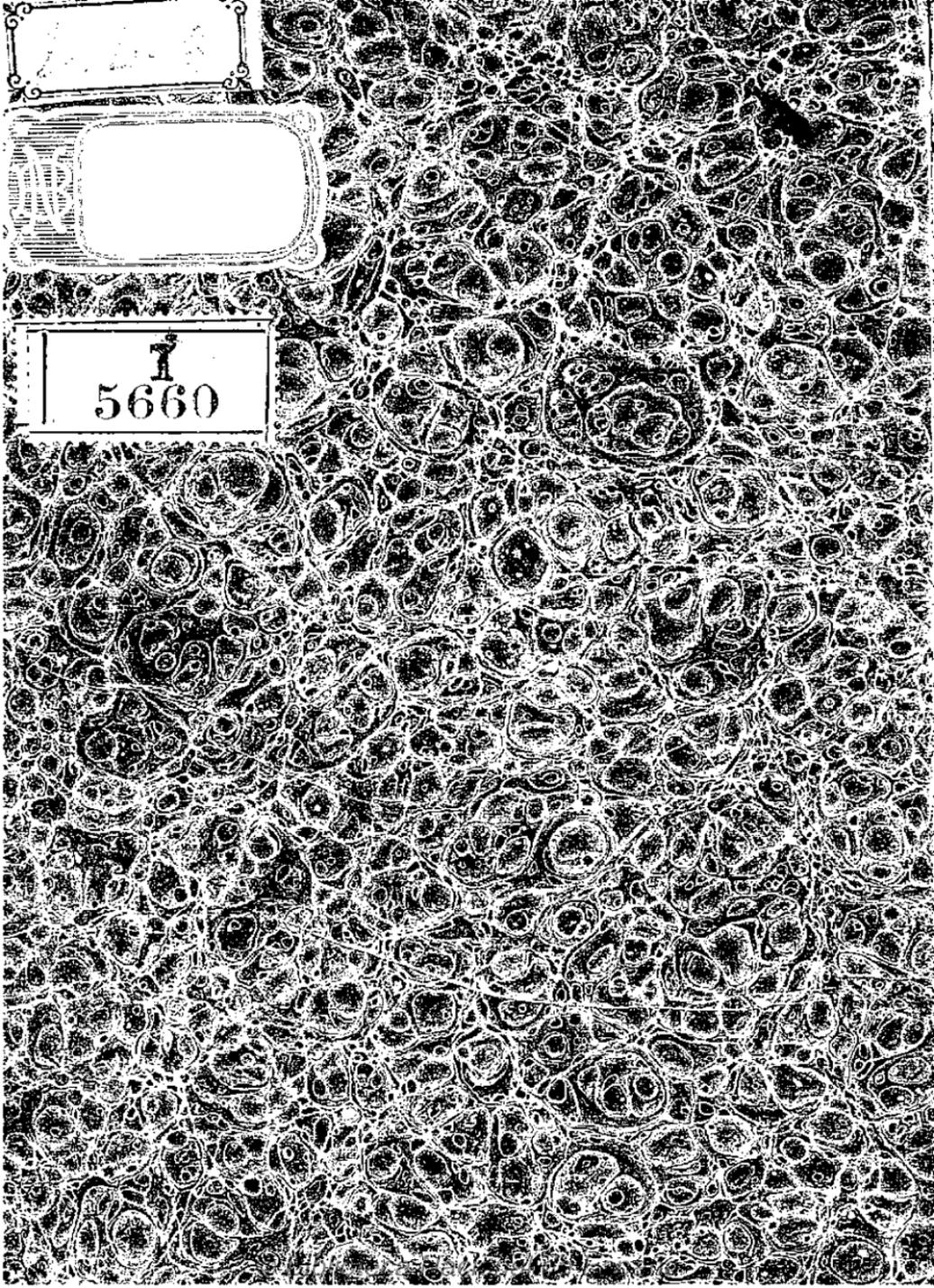
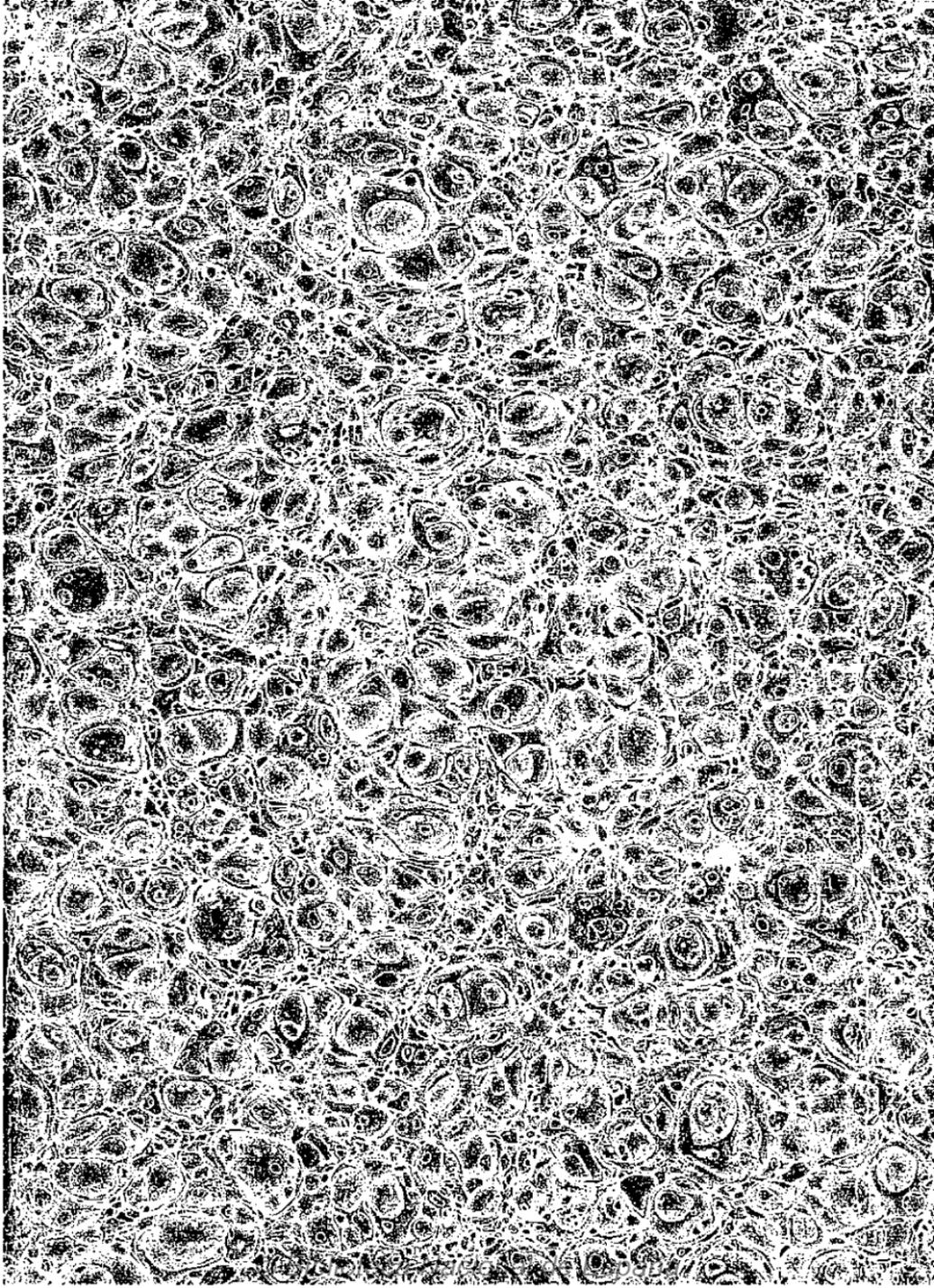


Biblioteca Nacional de España



1
5660





944

LA

EDAD DE PIEDRA

POR

D. JUAN CATALINA GARCÍA

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.



MADRID.—1879.

LA EDAD DE PIEDRA

LA EDAD DE PIEDRA

POR

D. JUAN CATALINA GARCÍA,

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA



MADRID.—1878

Imprenta de LA ILUSTRACION CATÓLICA,
calle de la Villa, núm. 4

Propiedad del autor.

Recientemente se han publicado estos artículos en *La Ilustración Católica*. No pretende su autor haber trazado en ellos ni aún el bosquejo de la ciencia prehistórica; mas ha procurado que sirvan para que el lector conozca en alguna manera el estado actual de unos conocimientos tan útiles como interesantes, y que, mal enderezados, pueden dañar á los dogmas católicos.

Sea, pues, en cuenta el lector que se trata de unos artículos de periódico, para que dispense á este trabajillo toda la benevolencia de que necesita.

LA EDAD DE PIEDRA

Al Excelentísimo Señor Marqués de Cerralbo.

I

Mi querido amigo: Objeto principal de nuestros frecuentes coloquios sobre asuntos artísticos, ha sido últimamente lo que con exactitud se llama arte prehistórico. No puede ocultarse á los devotos de la arqueología la necesidad de remontar á las primeras edades del hombre el espíritu investigador de la ciencia moderna, para señalar en lo posible el punto de partida de la vida social, y los progresos lentos, pero palpables, de la civilización de los pueblos. Es este estudio múltiple y penoso, por referirse á ciencias oscuras y de difícilísimo organismo, como son la arqueología, la paleontolo-

gía y la geología, que, no obstante los prodigios de la química, de la anatomía y de otros estudios auxiliares, y del perseverante empeño de hombres extraordinarios, andan todavía como con andadores. Y además ofrece esta investigación, por el hecho mismo de hacerse casi á oscuras, no pocos riesgos y peligros de que há menester cuidarse mucho el escritor católico, para quien todas las luces son reflejo pálido de la luz superior de la revelación.

No quiere decir esto que debemos huir de semejantes provechosas tareas; por el contrario, obligá-nos la ley de católicos á penetrar en estos misterios puramente humanos, y á arrancarles su oculto sentido para prestar así nuevos servicios á la Iglesia, victoriosa siempre en todos los combates, sobre todo en los combates entre la verdad y el error. Quisiera yo, y de este deseo participa usted, que no hubiera ramo de los conocimientos en que los ingenios cristianos no se adiestrasen, para negar en redondo y fundadamente la vulgar opinión contraria de que la Iglesia huye de las Universidades y Academias, y de que aborrece los adelantos de la ciencia. Mas en España, fuerza es confesar que el enemigo bando se ha hecho como dueño exclusivo de varios estudios, menoscabando á favor de esto el prestigio de los dogmas, y dándose aires de autoridad infalible en cierta clase de cuestiones.

Nuestros vecinos los franceses proceden de otra mejor manera. Los estudios arqueológicos están allí casi del todo en manos del clero, y aunque esto puede perjudicar al progreso de la teología, no es ménos cierto que favorece á la Iglesia en gran manera. Mejor que yo conoce usted los nombres y las obras de la multitud de eclesiásticos que en Francia cultivan este linaje de conocimientos, y el respeto que el mundo sabio por ello les profesa. Alguna otra vez he citado intencionadamente el hecho de que hace cuarenta años, mientras el gobierno francés sostenía una sola cátedra de arqueología, los Obispos costeaban no pocas, con grande asombro de los extranjeros, y con mucho provecho de la religion y del arte.

Es, pues, necesario que nosotros mirémos de frente y sin tímidos cuidados á la ciencia prehistórica, y que la cultivémos para solaz del espíritu y para encontrar en ella nuevos argumentos en favôr de la verdad, contra los apasionados, rudos y continuos ataques del vigilante enemigo. Conviene, por tanto, recomendar á nuestros hermanos este estudio, que en nada se opone, cuando está bien enderezado, al servicio de Dios y á las verdades católicas:

Al hombre ha de conocersele por sus obras. Esta verdad inconcusa es el fundamento de las cien-

cias antropológicas de observacion. Si pretendemos vislumbrar al través de las espesas nieblas que rodean los primeros tiempos de la historia, lo que entonces era el hombre, física, moral y socialmente considerado, no podemos seguir otro rumbo que el señalado por aquel principio. El estado primitivo del hombre, luego que, por la propia culpa, salió del Paraíso, fué tal, que se acercó mucho al de los brutos, aunque gozando al fin del superior privilegio de la razon. No podia, pues, en tal estado, dejar en la superficie de la tierra las señales de una vida perfecta de que no gozaba, y que suele tener por expresion admirable la escritura y el arte. En los toscos y contados medios de que se servia para satisfacer las ineludibles primeras necesidades, ha de buscarse el medio de averiguar lo que el hombre primitivo era, cómo vivia, cómo se desprendia de esa corteza tosca que durante largo tiempo cubrió su espíritu inmortal (1).

(1) No puedo ménos de hacer aquí una declaracion importante. Como en el artículo indico, estos asuntos, mal explicados ó entendidos, ofrecen algun riesgo. De ninguna manera pretendo que estas conclusiones son inconcusas, y ménos del todo contrarias á la opinion de personas respetables, que creen en la conservacion de los elementos civilizadores durante la historia toda. Por otra parte, como algunas escuelas materialistas y heterodoxas se aprovechan de las cosas más sencillas para oponerse á la integridad de la revelacion, especialmente en lo que se refiere á la cronologia bíblica, hago constar mi deseo de que encajen todas mis ideas en la

No quiero tocar ahora la cuestión de la antigüedad del hombre, arriesgada como pocas, oscura quizá más que ninguna de cuantas comprende la antropología racional. Usted sabe, amigo mío, que parece indudable la existencia de nuestros antepasados en el período que los geólogos llaman cuaternario, y que algunos de éstos, más audaces, pretenden haber rastreado señales ciertas de esa existencia en el terciario medio; es decir, cuando todavía ocurrían en la corteza terrestre grandes cataclismos debidos á vivísimas fuerzas naturales, y no se había fijado la configuración exterior actual de nuestro globo. Según estos sabios, no puede ponerse en duda su opinión, puesto que se hallan algunos cráneos humanos, armas y restos de animales en los yacimientos y estratificaciones reputadas, sin duda alguna, por peritísimos geólogos, como terrenos terciarios. M. Quatrefages entiende que, siendo el hombre un mamífero, y demostrada su aptitud para habitar en todos los climas, bien pudo vivir cuándo y dónde existieran otros mamíferos. A usted se le alcanza, de cierto, la gravedad

doctrina católica. No debe escribirse de otra manera en un periódico católico, sabiamente dirigido, ni mi nombre, con ser tan oscuro, puede alentar falsas doctrinas ni torpes intenciones. Insisto en que hay personas de ciencia y de respeto que niegan la posibilidad de que el hombre, por su propio valer y *naturalmente*, pueda elevarse desde el estado salvaje puro al de la civilización.

de estos problemas, que han de ser tratados mejor que de otro modo, por las ciencias naturales. Sea lo que quiera, escritores eminentes y doctos sacerdotes no se oponen á la probabilidad del hombre terciario y mioceno.

Aceptando los hechos sencillamente, y sin penetrar en los hondos arcanos de una antigüedad remotísima, lo ménos que podemos hacer es examinar los vestigios que de la tosca primitiva industria del hombre han guardado los siglos, no obstante la destructora acción del tiempo. Resguardados se hallan por lo comun esos vestigios en profundas é inexploradas cavernas, en el fondo de lagunas ó mares, bajo las espesas capas de las turberas, en el seno de los terrenos de aluvion, ó bajo montículos artificiales. A veces, tambien se hallan á flor de tierra, al alcance de torpes manos que se gozan en su destruccion ó sirviendo de aliciente en juegos infantiles, hasta que la casualidad ó la codicia las ponen en lugar seguro ó sobre el bufete del curioso y del anticuario.

Abandonado el hombre á los recursos de su instinto natural, casi solo, hubo de buscar, con aquel empeño que al cabo habia de hacerle dueño de grandes maravillas, los medios de atender á su mantenimiento y á su defensa. La caza y la pesca fueron sus primeras ocupaciones, como medios de

vivir; luego hubo de indagar la manera de rechazar las agresiones de sus semejantes y las de los numerosos enemigos que la naturaleza, fiera y brava, le presentaba. Aunque Lucrecio, inspirándose sin duda en las tradiciones y leyendas de la teogonía griega, supone que las uñas y los dientes fueron las primeras armas y utensilios de que el hombre se valió, es muy de creer que para herir al mamífero y al ave de que se alimentaba, ó para defenderse del oso y de la hiena, y áun del hombre mismo, cogería un palo y una piedra.

Pensando en los medios de hacer más fáciles estas tareas cotidianas, tendría á luego por harto toscos é imperfectos el nudoso palo y la redonda piedra. Vería que poniendo en la punta de aquel un trozo de pedernal ó de diorita de los más agudos y cortantes que á la mano hallase, resultaba un arma relativamente cómoda, arrojadiza, de golpe más mortal y seguro. En este lento adelantar, se aplicaría despues á aguzar las piedras, á hacer más cortantes sus perfiles, á servirse de ellas, así dispuestas, para diferentes usos, como eran cortar las carnes, desgajar las ramas, abatir los pinos y encinas y ahondar los huecos de las rocas, á cuyo abrigo descansaba. Por último, y mientras llegaba la hora feliz y remota de que la aplicacion y uso de los metales abrian al mundo nuevos horizontes y

señalaban gloriosos derroteros, perfeccionaria aquellas armas é instrumentos, aguzándolos más esmeradamente, puliéndolos, abillantando su exterior, para encontrar en ellos mayores comodidades y más lucido y agradable aspecto.

Y hé aquí trazada brevemente la historia de la edad de piedra. No otra cosa pudo suceder, y aunque las investigaciones contemporáneas no han disipado apenas las tinieblas de aquella edad, lo poco que se sabe confirma esta manera de ver las cosas, casi por adivinación.

Los arqueólogos han dividido la edad de piedra en dos grandes períodos, teniendo en cuenta el mayor ó menor perfeccionamiento de las armas y útiles estudiados, á saber: *paleolítico* (piedra antigua), y *neolítico* (piedra nueva). Como es natural, suponen que las piedras labradas con esmero y perfeccion son de tiempos muy posteriores á las toscas é imperfectas. Mas es preciso declarar que, en ocasiones, no señalará fecha más reciente una piedra bien labrada con respecto á otra sin pulimentar, porque han de tenerse en cuenta las circunstancias de comarca, de raza y otras que alteran todos los cálculos.

Así sucede, que en la Polinesia se encuentran hoy tribus que emplean lanzas de piedra y dardos de hueso, y sin embargo, son contemporáneas de

las que usamos las preciosas armas de Zuloaga y de Toledo.

PERÍODO PALEOLÍTICO.—Pertenece a él, como he dicho, las armas y útiles hechos de cuarzo, diorita, serpentina, jade, pizarra, cuarcita, etc. Estas piedras, y sobre todo los sílex ó cuarzós, ofrecen al romperse superficies planas, ó concoideas, aristas agudas y extremos puntiagudos. La textura de estos minerales y su fractura por percusión, favorecen, con poca habilidad y práctica que se empleen, el deseo de quien necesita de un objeto cortante y aguzado. Todos sabemos que hasta el manejo del pedernal es tan expuesto á producir cortaduras como el cristal roto.

De dichas materias hizo el hombre primitivo puntas de lanza, cuchillos, hachas, estiletes, flechas, martillos, morteros, etc., y añadiéndolas un mango de madera apropiado á su destino, pudo servirse de todos estos útiles con gran provecho. No se conoce perfectamente la disposición de que se servían para unir los mangos á las cortantes piedras, aunque algunas de éstas ofrecen ranuras, agujeros, etc., que indican el empleo de correas ó de algun ligamento vegetal.

El Sr. Góngora, en sus *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, asegura haber visto armas, cuyas partes se unían por un betún tan fuerte, que

antes se rompe la piedra que el betun, si se las golpea.

PERÍODO NEOLÍTICO.—En él pierden las armas y útiles su primitiva rudeza, se adelgazan con más facilidad, se alisan y pulimentan, reciben formas geométricas, algunas veces muy delicadas, y revelan el ingenio del hombre y su industriosa perseverancia. Por eso, así como al período anterior se le dice de la piedra tallada, á éste se le llama de la piedra pulimentada. Como no parece de todo punto necesario el uso de los metales para la agricultura rudimentaria, se supone que en este período recogia el hombre, y aún cultivaba, los frutos de la tierra. Así lo consigna persona tan docta en estos asuntos como el Abate Bourgeois, en la Memoria que presentó en la sesión XXXIX del Congreso Arqueológico de Francia.

El mismo docto escritor atribuye á las hachas pulimentadas el carácter general de que tienen la extremidad cortante más larga que la opuesta. Las puntas de flecha y de lanza son las más curiosas de las armas de este período, porque ofrecen variedad de formas, que pueden verse en cualquier museo ú obra de estas materias. En ocasiones, se encuentran sitios donde hay tal abundancia de estas armas y de restos de las materias de que se sacaron, que se supone fundadamente la existencia de talle-

res dedicados á su construccion. Esto se ha dicho de gran número de lugares de Francia y de Suecia. Alguna vez hemos de visitar juntos la estacion prehistórica de Argecilla, en la provincia de Guadaluajara, que, segun el docto Sr. Vilanova, no es otra cosa que uno de esos talleres.

Lo singular es que á veces se ven tales objetos formados de una piedra no conocida en la comarca ó país en que se encuentran, lo cual demuestra palpablemente que proceden de otras regiones. Esto hace pensar en las emigraciones de las trébus primitivas, ó lo que sería más notable aún, en la existencia de una especie de comercio entre los diferentes pueblos de aquellas remotísimas edades. Y tratándose de esto, no puede limitarse la cuestion á las armas, sino que ha de atenderse tambien á las cuentas de collar, pendientes y otros objetos hallados en los monumentos de la edad de piedra. Así, pues, el Congreso Arqueológico de Francia, en la sesion mencionada, trató ya de aclarar esto, pero á mi juicio, con pocos resultados. Usted, amigo mio, que conoce bien el asunto, opinará como yo.

Son innumerables los objetos prehistóricos que se encuentran en los dolmenes, turberas, cavernas, yacimientos, etc. Suecia sola, segun Oscar Montelius declara al principio de su precioso al-

bum de antigüedades de su patria, cuenta en sus museos con más de 35.000 objetos de esta especie. Inútil es que pensemos en los muchos destruidos por el tiempo, ó sepultados todavía en las entrañas la tierra. Se hallan en todos los países; sobre todo, en los que ocupan el Norte y el Occidente de Europa. Quizá abunden tanto como en Suecia ó en Francia en las demás naciones, y vengan nuevos felicísimos hallazgos á demostrar que esa raza ariana, celta, ó lo que fuese, á quien parece se deben estos objetos, habia llenado el mundo en otros siglos.

Muchos de estos objetos neolíticos ofrecen labores, ranuras, impresiones y agujeros para mayor comodidad y más adecuado empleo. ¿Cómo se hacían tales trabajos? Es de suponer que sirviéndose de las materias duras y ásperas para modelar las de fácil labor. Pero, y el pedernal ¿cómo se horada? Creen algunos, y cree usted que se conseguía esto con duros y agudazos huesos, trazando dos agujeros cónicos en sentido contrario hasta que se encontraban los vértices de los conos. De todas maneras, grandes dificultades hallarian aquellos hombres salvajes para dominar las fuerzas vivas de la rebelde naturaleza.

Empleáronse en la edad primitiva los huesos para análogas empresas que las piedras, y también

hay señales del uso de la alfarería y del tejido de ciertas materias, como el esparto. Mas como estas cosas son frágiles y perecederas, por raro y extraordinario se tiene el hallazgo de un trozo de vasija, de un hueso labrado ó de los restos maltrechos de una vestimenta. Por eso la cerámica y la indumentaria de los tiempos primitivos adelantan poco.

Buscando los sabios las relaciones de coexistencia del hombre y de los mamíferos notables, han llamado al período paleolítico, *época del oso de las cavernas (ursus speleus)*, y al neolítico, *del elefante y el rinoceronte*. Preténdese, en efecto, y lo comprueba el hallarse juntos en dichos períodos el hombre y sus obras con los restos de esos animales, que juntos coexistieron; sólo que las grandes alteraciones climatéricas, la persecucion continúa, y los trastornos de la costra terrestre extinguieron algunas especies zoológicas y ahuyentaron á otras á más altas latitudes, como sucede con el reno, ó á más bajas, como sucede con el rinoceronte. Y estas ideas que aplican los naturalistas á la fauna, que podemos tambien llamar prehistórica, pueden referirse á la flora primitiva.

Bueno es tambien saber, para no perderse en la nomenclatura de lo prehistórico, enrevesada, difícil y nueva, que hoy se habla mucho de lo que los suecos apellidan *Kiokkenmoddings*, palabreja de pro-

nunciación endiablada, que algunos españoles han hecho más fácil, diciendo *Kiokenmodingo*. Con ella se designan los vertederos de las cocinas prehistóricas (¡buenas serían ellas!), los lugares en que nuestros sencillos antepasados arrojaban las conchas, almejas, espinas de pescados y huesos chupados y sin médula. Parece evidente que los antiguos tenían mucha afición al tuétano.

Siempre han llamado la atención de las gentes, aún de las más cultas, estas armas y objetos de la edad de piedra. Tuviéronlas por rayos los romanos, y hasta les dieron cierto misterioso culto, llamándoles *ceraunias*. Algo de esto sucede todavía en muchas provincias de España, y con las personas indoctas, que al hallarse en los campos, sueltas y perdidas, esas piedras extrañas, no pueden concebir que sean obra del hombre, como no alcanzan que el flúido eléctrico pueda causar efectos materiales.

A este propósito viene bien un recuerdo de mi infancia. En una tarde del estío hallábame yo con otros muchachos vagando por los alrededores del pueblo en que pasé mis años primeros, allá en el fondo de la Alcarria. De pronto acaeció una gran tempestad. Desde el hueco de una roca en que nos resguardábamos, vimos con temor y sorpresa, ó creímos, ver que una chispa eléctrica había tocado en unas peñas á corta distancia situadas. Serenado

el cielo, registramos el sitio donde la chispa debió caer, y dimos, no sin sorpresa, con una de las llamadas piedras del rayo; en realidad, con una lanza prehistórica. Suponga usted ahora, amigo mío, si las nociones de meteorología que ya habíamos oído en la escuela quedarían muy firmes á nuestros ojos. Tuvimos al maestro por un majadero, y á sus noticias sobre la electricidad, por falsas del todo.

Del culto y estimación que los antiguos tuvieron á estas piedras tendrá usted, de seguro, cabalísimas noticias. Si alguno de los lectores quisiese conocer algunas de ellas, muy curiosas, enténgase agradablemente en leer el artículo publicado por el Sr. Tubino en el tomo 1.º del *Museo Español de Antigüedades* para trazar sustanciosamente la historia de la arqueología primitiva.

Es menester que en nuestra patria cunda esta clase de conocimientos, y que los aficionados á los buenos estudios contribuyan á buscar y conservar los restos del pasado. Tal hombre, ilustrado en muchas otras cosas, se sentará sobre céltico monumento, sin advertir que es un dolmen interesante, ó romperá con indiferencia alguna hacha primitiva, teniéndola por despreciable guijarro, ó plantará de viña un montículo que guarde en su seno seculares vestigios. Preciso es, para evitar tales desmanes, popularizar la ciencia prehistórica.

No tienen otro objeto este artículo y los que le sucedan. Usted sabe también que mis pobres noticias, expuestas en tosca forma, como si dijéramos, á la manera paleolítica, son el resultado de la mútua y cariñosa promesa que nos hemos hecho de decir algo á los lectores de LA ILUSTRACION CATÓLICA sobre asuntos tan amenos é interesantes. Yo poco puedo decir, como se ha visto; pero usted, que tan especiales conocimientos tiene en estas materias; que tan bien conoce los museos arqueológicos de los reinos escandinavos y las antigüedades incomparables del Morbihan y de otras comarcas de Francia, debe aumentar, perfeccionar y depurar de errores este trabajo mio.

Menester es que así lo haga, y esto espera su buen amigo.



II

Mi querido amigo: Tiene contra sí la ciencia prehistórica, sobre todo en esta parte de que tratamos, diversos y tenaces enemigos. Sin contar con los estragos del tiempo y de los accidentes de toda clase, que acaban con los pocos restos que ya podemos conocer, hay un vulgo ferocísimo para quien es ocasion de burla y de chacota inacabables todo hallazgo de cosas antiguas, cuyo valor científico ó artístico no comprende. Acostumbrado á ver las cosas á la luz del día, no gusta de andar por laberintos oscuros como estos en que el lector y yo nos encontramos, él por su paciencia y yo por mi atrevimiento.

Mas no es este vulgo el enemigo de quien más ha de temerse. Las exageraciones y delirios de muchos sábios, la vanidad de los afortunados descubridores de monumentos primitivos, y las locuras en que la razon humana cae cuando pretende volar más allá de sus naturales fronteras, dieron origen: hace

algun tiempo á una especie de reaccion contraria á estos estudios. Si es verdad que hombres eminentes han conseguido someter á la unidad de la ciencia las investigaciones prehistóricas, otros pretenden amenguar su valor ó negarlo del todo. Los que ménos culpa tienen en esto son los pobres anticuarios; porque al fin, con ser un tantico noveleros y poetas, no incurren en los grandes extravíos de paleontólogos, geólogos y demás cultivadores de las ciencias naturales. Adviértese, áun en los ménos cautos de aquellos, cierta sensatez en eso de trazar cifras; mas, en cambio, no hay geólogo que no juegue con centenares de siglos como niño enredador con el ya maltrecho juguete. Resultan de aquí dos consecuencias inmediatas, y del mismo modo lamentables: la primera, que tales exageraciones promueven la viva oposicion de los incrédulos; la segunda, que hacen incurrir en graves errores á la arqueología.

De aquella viva oposicion hay dolorosos testimonios. No pocos hombres eminentes, áun entre aquellos que no muestran despego alguno á estas materias, se niegan en absoluto á aceptar la antigüedad prehistórica. En el año pasado tradujo al francés el sabio sacerdote del Oratorio, M. Hamard, una curiosa obra inglesa (*Les monuments megalithiques de tous pays, par J. Fergusson*),

destinada á convencernos de que dichos monumentos datan por lo comun de los primeros siglos de la era cristiana, tesis valientemente sostenida tambien por dicho eclesiástico en su libro *Le Gisement prehistorique du mont Dol*, en el mismo año último impresa. Más léjos ha ido M. Chabas en su célebre libro, pues despues de consignar que los egipcios conocieron, como despues los árabes, persas, romanos, etc., las armas é instrumentos de piedra, y de decir que en Egipto, cuya civilizacion tanto conoce, y aún en otros pueblos, cuanto más pulimentada está la piedra mayor antigüedad demuestra, (lo que se opone á la racional division de los períodos paleolítico y neolítico), asegura que la mayor parte de las supuestas armas son trozos de pederual, en cuya configuracion no ha intervenido la mano del hombre, sino una temperatura elevada; idea que tambien sostiene Lepsius, otro egipólogo entusiasta, que, como todos sus colegas, tienen poca aficion á la prehistoria europea.

Reprobable es que se fije la antigüedad del hombre de un modo aventurado que no alega otras pruebas que ingeniosas hipótesis y fantásticas teorías, sobre todo, si en este propósito entra principalmente, como sucede, el oculto ó manifiesto deseo de combatir la narracion mosáica. Pero no hay fundamento alguno para asegurar que las toscas y

verdaderamente primitivas construcciones, que se llaman célticas, drúidicas, etc., son del siglo V de nuestra era, ó á todo tirar de tiempo de César. El silencio de los escritores contemporáneos, sobre todo cuando se trata de Carnac, de quien sólo pudo decir algo César, no es demostracion tan evidente que destruya todo argumento en contrario. Y aún aceptando aquel silencio como razon clara y precisa, ¿cómo es que tantos testimonios históricos como quedan de los primeros siglos de la Iglesia sobre las Galias, nada dicen de la construccion de aquellos monumentos de que están sembradas, sobre todo en la antigua Armórica?

No crea usted, por mi fé se lo aseguro, que yo peco de crédulo en estos asuntos. Mis aficiones no acaban del todo con cierto espíritu crítico que en mí bulle sobre cuanto no toca á la fé religiosa. Quizá por esto, aún empeñándome en ello, y en el caso de haber recibido las condiciones necesarias, no llegaria yo jamás á ser arqueólogo aprovechado; pero prefiero andarme con tiento en tales cosas y sujetar un poco la alocada imaginacion, antes que recojer cada dia chascos y desengaños. En esto nos parecemos usted y yo, para satisfaccion mia.

Mirándolo bien, no es de extrañar la especie de irritacion que en los espíritus juiciosos produce el afan de atribuir extraordinaria antigüedad al hom-

bre y al mundo en que habita. Los geólogos y cronologistas han dicho muchas tonterías que no admiten disculpa, y sobre todo, se muestran tan poco acordes en escribir fechas, que nadie puede hoy juiciosamente inclinarse á ninguna de las opiniones principales expuestas con calor y hasta con sabiduría mantenidas. Oiga usted algunos datos que puede usted ver con mayor latitud expuestos en el aparato bibliográfico-científico escrito por el señor Huelin, con el título de *Cronicon científico-popular*. Bischof calcula la edad de la tierra en 2.000 millones de años, de los que 1.280 tardó en enfriarse la corteza terrestre. Phillips entiende que varias estratificaciones sólo pudieron formarse en un período de tiempo, que no debió bajar de 960 millones de años. Dana, tratando de los terrenos silúricos, cree que tardaron para llegar á consolidarse 7.000 millones de años. En cambio, multitud de escritores, cuyos nombres omito para hacer ménos penosa esta lectura, fijan en 10.000 años la edad de la tierra.

En cuanto á la del hombre, rabian igualmente de verse juntos los datos cronológicos de la ciencia moderna. Quién la atribuye 4.000 años, quién 57.000; Wallace la cree de 500.000; Morlot de 5 á 7.000. Dígame usted ahora si, después de leer estas cifras, habrá paciencia que conlleve y ménos que

acepte la infalibilidad de la geología, y si será extraño que á una se grite á los sabios darwinistas, principales causantes de esta anarquía aritmética, que atiendan un poco al buen sentido, y sobre todo, que no hablen en nombre de una ciencia de cálculos seguros, evidentes, ciertos.

Resulta á la postre de aquí que la arqueología prehistórica, colocada por su natural condición más al alcance de las cuchufletas y burlas del comun de las gentes, suele, como se dice, pagar el pato, sin haberlo comido. Porque si bien á todos alcanza el deber de evitar los excesos, librenos Dios de ser ciegos y de caer en manos de un lazarillo torpe ó de entrañas atravesadas. Y bien sabe usted que ciega caminará la arqueología primitiva si no se deja guiar de las ciencias naturales. ¿Tiene usted presente aquella donosísima historia de la quijada rota, hallada en Moulin-Quignon? Como de molde viene aquí su recuerdo, y no estará de sobra contársela al lector, que por ella comprenderá la facilidad con que se tropieza en estos estudios aun por hombres peritísimos, y el escrúpulo, nimiedad y exactitud con que se procede en el extranjero cuando se trata de comprobar y conocer á fondo un hecho científico.

En 1863 se explotaba en Abbeville, departamento de la Somme (Francia), una eminencia de arena

gruesa, sobre la que se halla el molino de viento de Moulin-Quignon, que tan alta fama ha alcanzado desde entonces. Los obreros pretendían haber descubierto en aquel lugar restos de elefante y armas de piedra del tipo cuaternario, y como estaban muy advertidos por Boucher de Perthes, á quien se llama patriarca de la arqueología prehistórica, avisaron á éste que se descubría en la tierra un hueso raro. Acudió al punto el hombre ilustre, y por su propia mano, y en presencia de otra persona, sacó de la cantera una media quijada de hombre, y despues un hacha de piedra (1). Gozóse el sabio con un hallazgo que comprobaba la existencia del hombre cuaternario; como es de suponer, dióle grande importancia, y llevó á comprobar el hecho sobre el terreno al célebre Quatrefages, quien sin tardanza, y con excesivo alborozo, dió cuenta de lo que ocurría á la Academia de Ciencias de Paris.

Pero antojósele al paleontólogo inglés Falconer publicar una carta en el *Times*, para decir que el incomparable hallazgo era producto de una mistificación interesada ó de una burla de mal género, que un diente originario de la misma colina donde

(1) El Sr. Vilanova ha reproducido el corte de la colina de Moulin-Quignon en su obra *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*, conforme á los apuntes del mismo Boucher.

se halló la quijada era muy moderno, y por tanto, que lo mismo pudiera ocurrir con la media mandíbula hallada por M. Boucher de Perthes. Así, pues, añadía, no siendo auténtico el celebrado tesoro, no hay para qué alborotar con él á sabios y académicos. Promovi6se tras de esto una verdadera algarabía. El mismo Falconer se presentó en París con una comision de notabilidades británicas, á la que se unió otra de eminencias francesas, y reunidas visitaron el terreno, estudiaron la mandíbula con todo detenimiento, y, como suele suceder, convinieron... en que no se entendian, y en seguir cada cual en sus trece (1). De todos modos, hoy apénas se concede crédito alguno al hallazgo, y quizá esto ha contribuido á que ingleses, suecos y alemanes miren con cierta prevencion desdeñosa á Quatrefages y á los arque6logos y paleont6logos franceses. Pero hemos visto que el carácter francés, inimitable en la novela y en cuanto á forjar invenciones, hipótesis y sueños, arriesgado aún en circunstancias que á una reclaman serenidad y cautela, ni se corrige, ni se arrepiente (2).

(1) *Dictionnaire archeologique de la Gaule, époque celtique*, tomo I. Nada digo del cráneo humano que se supuso descubierto en un terreno terciario de California y de otros hallazgos semejantes.

(2) El abate Bourgeois, no obstante sus grandes estudios, su carácter sagrado y sus años, ha cometido la inconveniencia de decir lo siguiente en una de sus Memorias, presentada

En tésis general, y aún refiriéndonos á países de distintos climas, considero como indudable que las primeras habitaciones de los hombres fueron las cavernas y oquedades de las rocas. Por eso entiendo que debe concederse gran interés á la exploracion y conocimiento de aquellas en que el hombre pudo guarecerse contra la inclemencia de los elementos y el peligro de las fieras. De ellas son muy difíciles de explorar las que por causas naturales, ó por la industria humana, han perdido sus antiguas formas, ó en que la labor constante de las aguas, trabajando sobre la roca de naturaleza calcárea, ha cubierto su suelo de capas de estalagmitas de formidable dureza. Quien pretenda estudiar éstas ha de proveerse de paciencia y de buenos brazos auxiliares, que no ménos que esto suele exigir la corteza caliza que cubre el pavimento formado siglo tras siglo, y como quien dice gota á gota, merced á las filtraciones, que tan maravillosos efectos suelen producir en grutas como las de Artá y

en 1872 al Congreso arqueológico de Francia: «Alguien podrá asombrarse tambien de ver que la creacion del hombre parece haber precedido á la de ciertos animales. El Génesis, en efecto, nos representa al hombre como el coronamiento de la creacion, pero no dice que el Poder Divino no produjo despues otra cosa. ¿Quién podrá probar que estas palabras, *Dios descansó el séptimo día*, deben tomarse necesariamente en este sentido?» Sin embargo, este escritor se propone siempre poner de acuerdo la ciencia con la fé, pero por las palabras trascritas se persuadirá el curioso de que no camina siempre con la medida debida.

otros puntos, que tan conocidas y celebradas son de los curiosos.

Bajo ese pavimento estalagmítico, ó entre las capas que le forman, se encuentran restos de dife-
rentes animales, del oso llamado de las cavernas, del caballo, del perro, del reno, etc., y tambien palpables y claras obras de la mano del hombre, como son armas de piedra, hierro ó bonce, carbon, cenizas y restos de cerámica y de otros utensilios de edad extraordinaria. A veces tambien, lo mismo que en el interior de los dolmenes y túmulos de que hemos de tratar, se hallan objetos de hueso y cuerno labrados con más ó ménos intencion artística; en la caverna de Alliat (Ariege, Francia) se han hallado unos con toscos dibujos, en que se han trazado rudas imágenes de animales ó extraños signos geroglíficos. Demuestra esto, pues, que el hombre vivió en las cavernas antes de arriesgarse á vivir en cabañas ó á construir habitaciones de piedra (1).

(1) En esto, como en lo demás, difieren los autores, y fuera pertinente y curioso, si no faltase el espacio, consignar aqui las principales opiniones sobre el origen de la arquitectura; pero pueden verse para ejemplo las historias de esta rama de las bellas artes, escritas por el frances D. Ramée y el inglés T. Hope. Así, mientras el primero de estos autores atribuye á la influencia de las ideas religiosas el origen y sería disposicion de las formas de la arquitectura, y advierte íntimas relaciones entre la supuesta disposicion cabalística de éstas y los misterios religiosos, el inglés entiende que influyeron en las formas del arte las condiciones topográficas,

Algunas veces se encuentran en las cavernas diferentes yacimientos ó capas superpuestas, que, bien escudriñados, ofrecen vestigios de animales de diferentes épocas, porque sabido es que la fauna de un país no ha sido siempre la misma. Esto parece enseñar, sin género de duda, que una misma caverna ha sido refugio y habitacion de muy diversas generaciones de hombres ó de animales.

La abundancia de los huesos que se hallan fácilmente en las grutas, y que, nótese bien, lo mismo pueden ser vestigios de la voracidad del hombre que de las fieras alimañas, me obliga á decir algo sobre esta materia. Nadie desconoce que el hueso ofrece grandes ventajas sobre la piedra para muchos usos y necesidades humanas. Así como sirven la diorita, el sílex ó la cuarcita para herir fieramente al enemigo, hender las maderas, socavar las rocas, ahondar la tierra, machacar los granos, etc., vale el hueso de fractura fina y prolongada, de más agudos extremos, de menor peso y de fácil uso para toda labor esmerada. Por otra parte, en los primeros siglos, la profesion activa de cazador, que el hombre tuvo por principal, poníale en

climatológicas y naturales de cada gran region; segun lo que, la pagoda china es una imitacion artística del árbol que más abunda en el Celeste Imperio; las construcciones de Egipto y de la India corresponden á la naturaleza del suelo, y el órden dórico nació de los piés derechos plantados en la tierra para las primeras cabañas usadas en el dulce clima helénico.

la mano, y como convidándole á su fácil aprovechamiento, toda clase de huesos. Fracturados estos y hendidos á lo largo, dábanle punzones y estiletos con que clavar y agujerar las pieles, ó anzuelos singulares ó mortíferas puntas para sus flechas.

Las extremidades redondeadas de los huesos de los grandes mamíferos le servirían como de martillos, maceradores, etc. Esos mismos huesos, libres de las codiciadas y sabrosas médulas (1), valían para conductos de agua, bocinas no siempre toscas, sino ornadas con caprichosos trazados y labores, ó quizá para guardar aquellos utensilios y sustancias minerales ó vegetales de que por lo común se aprovechaban aquellas gentes.

De aquí la multitud de huesos labrados, ó que son sin duda vestigios del ordinario alimento de aquellos hombres que en las grutas arqueopaleontológicas se encuentran, no obstante la acción destructora de los siglos, que sin duda habrá acabado con el mayor número. Entienden algunos, como el doctor Vilanova, que los numerosos dientes de animales hallados en tales recónditos sitios pudieron servir de adornos de aquellas gentes, ó de una especie de moneda y medio de cambio, opinion, so-

(1) De las pruebas fehacientes de la predilección que los hombres primitivos tuvieron al tuétano ó médula de los huesos, hace un buen resumen el señor Villaamil y Castro en sus *Antigüedades prehistóricas y célticas de Galicia*.

bre todo en lo que toca á este último extremo, que no creo aceptable. Mejor fuera quizá atribuir la existencia de tan gran número de dientes á los animales que el hombre y las fieras devoraban en su habitacion.

Ya dije en el artículo precedente que los tratadistas relacionan las épocas prehistóricas con la existencia de ciertos mamíferos; de igual manera se pretende hallar relacion, estrecha entre estas épocas y la flora de los países europeos. Por eso llaman algunos edad del pinoá la de la piedra, del roble á la del bronce, y del haya á la del hierro. Considerando las cavernas como habitacion de ciertas tribus (trogloditas), se ha pretendido fijar, á mi modo de ver con poco fundamento, cuatro períodos, tomando como tipos de ellos cuatro grutas muy notables. Otros escritores dividen el período de las cavernas en dos épocas, una en que sirvieron de habitacion al hombre y otra en que usó de ellas como de necrópolis eternas. Por último, divídense tambien en tres clases: cavernas de la época diluvial, de la edad del reno y de la edad de piedra reciente.

Pero las cuevas más notables son aquellas que por su condicion física y por otras causas han conservado casi íntegramente los restos que en ella dejó la antigüedad remotísima. En ellas se encuen-

tran todavía cadáveres momificados, esqueletos completos, objetos de cerámica y esparto, hachas, cuchillos y flechas de sílex, todo en reposo secular, sin sufrir otras injurias que las que el tiempo da de sí. Unas y otras cavernas están casi por explorar en nuestra patria, con poco crédito de nuestra cultura y adelantamiento. Las que se conocen son, sin embargo, muy curiosas, como la *Afurada dos cas*, en Galicia, y la *Cueva de los Murciélagos*, allá en la Alpujarra, en uno de cuyos aposentos se encontraron, hace pocos años, tres esqueletos, uno de los cuales ceñía á su cabeza, á modo de diadema, una laminita de oro: en otra estanciase descubrieron otros esqueletos colocados en círculo en derredor de uno de mujer, y ostentando restos de trajes de esparto trenzado, armas de piedra, cucharas de madera y trozos de vasijas (1).

(1) De seguro que en Francia ó en cualquier otro país hubiera causado grande efecto el descubrimiento de estas singularísimas antigüedades. Por fortuna, no se ha hecho poco en España con la publicación del lujoso libro del señor Góngora (*Antigüedades prehistóricas de Andalucía*), en que se describen y representan por medio de bellos grabados los objetos descubiertos en la Cueva del Murciélago. La lámina de oro encontrada hace pensar á dicho señor, no en el uso de los metales por aquellos, cuyos son los esqueletos, sino en el hallazgo de alguna gruesa pepita de oro puro, que atraería la sencilla curiosidad de aquellas gentes, y que, por su naturaleza dúctil y maleable, les facilitaría la elaboración de la hoja. Sobre las cuevas, de Galicia dice bastante el libro del señor Villaamil, que las ha explorado. En la obra del señor Vilanova pueden leerse útiles descripciones científicas de notables cavernas del extranjero

Y basta por hoy, señor marqués. Proseguirémos otro día ocupándonos en estos asuntos un poco áridos, pero de verdadero alcance é importancia.

En tanto, usted sabe que es su amigo de corazón, etc.



III

Mi buen amigo: Maravillosamente ha dispuesto el Señor las cosas para que el hombre busque é indague la verdad, de tal modo, que sólo á fuerza de asíduos trabajos logre advertir sus resplandores; mas no para que, por su propio valer y sin el superior auxilio, se proclame á sí mismo única fuente de todo conocimiento. En estos estudios, como en cuantos fundamentales no son debidamente enderezados, al fin la cansada razon humana ha de ceder y confesar lo limitado de sus fuerzas. De tantas investigaciones y trabajos; del mútuo concurso que las ciencias se prestan; de los prodigios alcanzados por la filología, la etnografía y las ciencias naturales, ¿qué se ha sacado en limpio, sino saber que nada sabemos, y tropezar con la espantosa diferencia de cifras que respecto á la antigüedad del hombre y de la tierra hemos consignado, *via exempli*, en el último artículo?

Verdadero quebranto y sincero dolor me causa

la consideracion de que esta tarea, á que con empeño me dedico, pudiera suscitar la sospecha de que en un solo ápice me aparto de las divinas enseñanzas, y de que mi atrevimiento ocasiona otros peor intencionados. Huélgome y recréome en pensar que estos estudios, y mejor aún los que ha de hacer usted, pueden contribuir á despertar en nuestros amigos la aficion á estas cosas, hasta hoy casi del todo entregadas al opuesto bando; pero duramente y con creces pago esta satisfaccion, atendiendo á los peligros que originaria la aficion á lo prehistórico, si por mala ventura fuese dirigida torpemente. Hombres hay, sin embargo, de pura doctrina, de cumplido saber y de buen consejo, que nos advertirán con cariño y buena fé, seguros de ser oídos, y á ellos me refiero al copiar al pié de estas líneas la carta cuya lectura de todas veras recomiendo al curioso lector (1). Perdóneme usted

(1) He hablado de estos asuntos algunas veces con el sábio director religioso de este periódico, y, lo confieso con sentimiento y lealtad, en algunas cosas de libre opinion no convenimos. Recientemente he recibido de él la carta que á seguida traslado, con el propósito de que se vea á la legua que no pretendo dar a mis opiniones fuerza alguna, y para que el lector, en caso de duda, sepa á qué atenerse y siga el dictámen de quien es autoridad eminente, mejor que el mio. Aunque escrita en el seno de la confianza y á vuela-pluma, esta carta es muy notable por las ideas que indica, y me apresuro gozoso á publicarla. Dice así:

«Sr. D. Juan Catalina García.—Muy señor mio y buen amigo: La lectura de su segundo artículo arqueológico, me

que empiece expresando estos escrúpulos que, en verdad, aseguro, nada tienen de nimios.

Mas la evidencia de los hechos es tal, que fuera locura insigne el negarlos. Ello es que esparcidos

induce á recordar á V. algunas cosas que conviene no olvidar, cosa fácil cuando se anda bregando con los prehistóricos, porque ellos las han olvidado ó las desdennan. No es que haya nada que enmendar, ni que yo tenga escrúpulos como los tuve respecto al primer artículo, sino que ahora estoy con holgura y quizá no nos veamos hasta Setiembre.

»Uno de estos recuerdos es que ya Cain edificó una ciudad, no tan grande ni tan bella como Paris; pero que debió ser otra cosa que las cavernas del Oso y del Elefante primigenio.

»Otro es que á la sexta generacion Cainita se usaron las tiendas, tan propias del pastoreo, y las arpas y órganos, que tampoco serian como los de nuestras actuales Catedrales.

»Otro, muy importante para el caso, es que por entonces mismo era Tubal-Cain *acicalador de toda obra de metal y de hierro*, como traduce Cipriano de Valera; y aunque en obscuro de los prehistóricos, no estoy muy distante de traducir *cobre*, ó más generalmente, *metal y bronce* á causa de que la palabra hebrea es *barzel*, que tiene las mismas radicales que bronce, si bien es cierto que en tiempos posteriores significa el hierro; así y todo, ya ve V. á dónde va á parar la clasificación de las famosas edades prehistóricas, si se ha de hacer algun caso de la Biblia. contra la cual sostengo redondamente, y estoy dispuesto á defender, que ningun prehistórico, ni geólogo, ni astrónomo, ni físico, ni filósofo, ni sábio alguno, especialista ó universal, han probado, ni ménos demostrado, cosa alguna.

»No quiere decir que no hayan existido por largos siglos generaciones desgajadas del árbol principal, que llegarán á un estado de incivilizacion y salvajismo como el que se deduce de las investigaciones prehistóricas. ¿Cómo negar esto, cuando todavía existen, aun en climas inmensamente más benignos que el que ofreció la Europa hácia lo que llaman época glacial? No es esto; sino que coexistieron con pueblos civilizados, con imperios florecientes que cultivaban las letras, la filosofía y las artes. Por cierto que éstas no nacieron en Grecia de la cabeza de Minerva. La columna dórica está en

por todo el mundo se hallan los monumentos cuyas condiciones naturales han hecho pensar en lo que se llama la *edad de piedra*, siquiera, como el doctísimo Sr. Caminero sostiene, no fuera anterior á otras civilizaciones prodigiosas, sino tocante á pedazos del linaje comun, que al apartarse de los grandes centros del Asia rodaron por las costas del Norte y Occidente de Europa y áun por algunas regiones del Africa (si no extendemos á otras partes sus sin-

los templos egipcios, y el capitel corintio en las ruinas asirias, si bien en Grecia alcanzaron incomparable perfeccion.

»En suma: mi parecer es que las civilizaciones asiria, persa, india, china y egipcia son primitivas; que apenas tuvieron interrupcion en los siglos inmediatos al Diluvio; que particularmente en el orden moral eran admirables en los tiempos más remotos, ántes de que los fenicios y griegos emprendieran sus colonizaciones por las orillas del Mediterráneo, cuando los habitantes de Europa vivian, como es de presumir, atendiendo á los restos de las construcciones célticas, y á los de las habitaciones palustres, cavernas y kiojenmodings, con los que tales catafalcos levantan la imaginacion de los prehistóricos. Y sostengo, además, y esto es importantísimo, que ninguna raza salvaje se ha civilizado á sí misma jamás, sino por influjo de otra ya civilizada.

»Nos hallamos con razas degeneradas, no con la humanidad progresando paulatinamente desde un embrutecimiento universal y absoluto; esto prueban y nada más los hechos, y esto exige la sana filosofía. Ya lo he dicho donde V. sabe, con más detenimiento y mayor estudio que en el artículo que publiqué en *La Revista de España* y hasta ahora no he tenido contestacion. Si me apuran, volveré á publicar aquel trabajo modesto, como de quien sabe lo poco que vale, y ménos en arqueología prehistórica, porque tengo la conviccion de que mis ideas en este punto no pueden hoy ser rebatidas, y piensa que mañana tampoco.

»De V. affmo. amigo, Francisco Caminero.

gulares peregrinaciones), abandonados casi del todo á sus naturales instintos, sumidos en una especie de salvagismo prolongado. Ello es que, antes, ó á la vez, ó despues de que los pueblos del Iran levantasen á las orillas del Araxes el soberbio palacio de Persépolis; que los egipcios lanzasen hácia el cielo con pasmoso atrevimiento la cúspide de sus pirámides, y que la laboriosa gente indiana perforase pacientemente las montañas de Ellora, que tantas maravillas guardan todavía en sus amplísimos senos, una raza desconocida, ariana, celta, india ó lo que fuese, sembró el suelo de muchas comarcas de curiosos é inexplicables monumentos.

El hecho es palpable y merece que lo tengamos en cuenta. Por eso censuro á quienes ven en el estudio de la edad antehistórica una futilidad inútil ó un capricho de arqueólogos; más importa concurrir al esclarecimiento de estos asuntos, para que no se salgan de madre y sirvan de piedra de escándalo y de inminente riesgo á los incautos. Contra las arbitrarias afirmaciones de los que atribuyen millares de años á esas piedras gigantescas agrupadas con intencion no conocida, ó á los sílex y dioritas tallados, está nuestra racional creencia de que no hay necesidad de remontar muy alto el curso de la vida humana para comprender la marcha de la civilizacion. Pudiera darnos en qué pensar el hombre

mioceno, sueño no comprobado jamás; pero, por fortuna, si la mandíbula rota de Moulin-Quignon ha encontrado tantos incrédulos é impugnadores, ¿qué valor tendrán los hallazgos que se parezcan al supuesto cráneo de California?

De los varios restos que de la actividad humana han quedado en cuevas y kiokenmodings, hemos dicho algo anteriormente. Tuvieran mayores imperfecciones que las propias de cosa mia estos artículos, si no dijese algo de otros lugares en que se encuentran mezclados, y como dispuestos á cansar la esmerada y paciente diligencia de arqueólogos y paleontólogos, los restos de la industria primitiva y de las especies de animales extinguidos ó todavía vivientes. Servirá esto para que el lector, si por ventura diese con fenómenos de este orden de conocimientos, sepa estimarlos y lograr de ellos el necesario provecho. Mas téngase en cuenta que estos descubrimientos tienen, en mi sentir, poco valor cronológico, en cuanto no autorizan á nadie para fijar fechas, ni áun para establecer correlacion de tiempos á otros hechos conocidos referentes. No hay, pues, sincronismo establecido y cierto para la edad de piedra, y únicamente podemos comparar entre sí sus monumentos y los objetos que contienen, sus condiciones arquitectónicas y la perfeccion de su labor, si tuviesen algo de aque-

llas y de ésta. Y aún en esto ha de procederse con tiento, porque, ¿acaso no se han encontrado bajo los menhires más toscos ó en los túmulos primitivos monedas galo-romanas, ó romanas del todo, y objetos de bronce y hierro? Posible es que alguna circunstancia fortuita haya ocasionado esta especie de malapasada ó burla cruel hecha á los arqueólogos; pero siempre resultarán nuevos motivos de duda y más espesas nieblas (1). ¿No defiende un escritor eminente la tesis, peregrina para los investigadores de lo prehistórico, de que cuanto más antiguos son los instrumentos de piedra, mayor es su perfeccion? (2). ¿No cree usted mismo, increíble como pocos en estas cosas hasta un punto que yo mismo amistosamente censuro, que los objetos de piedra hallados en las sepulturas primitivas

(1) En el dolmen de Manné-er-H'roek (Morbihan), enterrado en un tumulo y registrado con esmero y fortuna por M. René Galle, se han hallado restos de un vaso romano y varias monedas que, segun nota que debo al Sr. Marqués de Cerralbo, y que tomó en los mismos lugares, eran de Domiciano, Augusto, Tiberio, Neron, Claudio y Trajano. Es verdad que éstos objetos aparecieron por encima del dolmen, en la parte superior del montículo.

(2) El original egiptólogo, M. Chabas, sostiene esta opinion, así como la de que los egipcios conocian el uso del bronce y del hierro desde los tiempos más antiguos, lo que no impedía el empleo en grande escala de las armas y utensilios de piedra. Parece comprobar en alguna manera lo que dice M. Chabas, el encontrarse mezclados en algunos de estos monumentos que llamamos célticos, los objetos de pedernal y bronce; pero, pregunto yo ahora, ¿no se debe ésto á que estos monu-

no tuvieron jamás uso alguno, y fueron en ellas puestos como emblema y señal alegórica de honor y jurisdicción?

De intento, para que de manos de usted salgan mejor libradas que de las torpes mías, dejo íntegras ciertas cuestiones de que no sin cierto esfuerzo me aparto, y llamo la atención de usted principalmente sobre la que toca al origen y peregrinación de esa raza singular á que se atribuye estos vestigios. Acertado debo andar en esto, que al fin pone pavor en los más duchos el problema que aquí planteo para que usted lo resuelva ó al ménos lo desarrolle, poniendo de acuerdo, ó desechando, ó modificando, opiniones tan abiertamente opuestas, y que acaso la filología pudiera sólo iluminar con sus ténues resplandores, como las novísimas de Bertrand y Fergusson (1).

mentos donde tales mezclas se advierten, corresponden á un período de transición entre las dos edades? O mejor aún. ¿no es posible que los hombres de la edad de bronce se aprovecharan de los monumentos megalíticos de la edad presente? Merece ser leída la obra de Chabas, que se titula *Etudes sur l'antiquité historique d'après les sources égyptiennes et les monuments réputés préhistoriques*. En algunos trabajos posteriores se han refutado ó defendido las opiniones de esta obra.

(1) Eichhoff, cuyo precioso estudio tengo á la vista (*Parallèle des langues de l'Europe et de l'Inde*), dice que los celtas, habitantes desde tiempo inmemorial del Occidente de Europa, no son aborígenes como se ha supuesto, sino que fueron los primeros inmigrantes que vinieron de la India; se unieron á ciertas tribus del Cáucaso, y empujados por otros invasores, no se detuvieron sino delante de las olas del Atlán-

Mas yo, reduciendo el campo de mis observaciones á los vestigios que de estas antiguas razas nos han quedado, y que la perseverante laboriosidad de los arqueólogos contemporáneos descubre é investiga, he de hablar hoy de algunos lugares en que se encuentran señales ciertas de la existencia del hombre, y que no por poco entendidos todavía, dejan de ofrecer gran interés y de prestarse á toda suerte de conjeturas.

Kiokenmodingos. Abundan principalmente en Dinamarca, donde se ha hecho un estudio detenido de ellos. Yo me he atrevido á traducir esta palabra por la frase *vertedero de cocina*, porque, en efecto, constituyen un amontonamiento de conchas, ostras, almejas y otros mariscos, restos de pájaros y peces y de huesos hendidos sin duda para la extraccion del tuétano. Este amontonamiento de tales desperdicios culinarios demuestra que se hallaban próximos á las habitaciones del hombre, y pruébanlo tambien los carbones, cenizas, trozos de vasijas, útiles de sílex y hueso muy toscos reunidos al

tico. Funda su opinion en el estudio comparativo de las lenguas y en otras circunstancias que, casi es inútil decirlo, no tienen valor alguno para otros escritores. Es recomendable el estudio de Eichhoff, que otros filólogos han completado ó combatido con más ó ménos acierto. Vease tambien la reciente obra de M. A. Pictet, *Les origines indo-europeennes ou les Aryas primitifs*.

lado de unos como hogares. La caza y la pesca eran, sin duda, los medios de vivir de aquellas gentes, ó al ménos no puede asegurarse con fundamento que conociesen la industria agrícola. Y valga por lo que valga, repito aquí la idea de los señores Bourgeois y Montelius, que creen posible la agricultura aún sin el uso de los metales (1). El último de estos escritores asegura que todavía no se han encontrado en Suecia *kiokenmodingos*.

En cuanto á su antigüedad, hay opiniones muy distintas, y yo no me atrevo á aceptar ninguna, inclinándome en esto, como en todo lo que se refiere á la paleoarqueología antropológica, á mirar con desconfianza los cálculos cronológicos de los escritores. Pero entienden unos que son los primeros vestigios de la vida humana, los restos parlantes de las tribus primitivas que vivían á las orillas de los mares y de los ríos, alimentándose de peces más comunmente que de aves y mamíferos, mientras otros, como Steenstrup, los suponen contemporáneos de los túmulos, que sin duda son obras de una civilización un tanto avanzada. Opinión es esta que no sigue el ilustre danés Worsae, siendo lo más singular (y sirva este hecho para demostrar lo in-

(1) Bourgeois, Memoria citada en el primer estudio, y Montelius, *Antiquités suédoises*. Stokolmo, 1873.

cierto de tales estudios) que tan opuestas opiniones se fundan en el exámen paleontológico de los restos de animales hallados, lo mismo en los *kiokenmodingos* que en los túmulos y dolmenes. Quizá importe algo trasladar al pie de estas líneas unas palabras de Diodoro Sículo, relativas á los escandinavos, y que algunos eruditos apropian á los hombres de los *kiokenmodingos* (1). Resulta de las noticias consignadas por Diodoro de Sicilia que en plena antigüedad clásica existían las atrasadísimas tribus á que corresponde la formación de los vertederos de cocina. Por eso dice con mucha razón el docto y juicioso señor Vilanova que para juzgar de la antigüedad de los monumentos primitivos han de tenerse en cuenta las observaciones de la geología (que ya hemos visto, sin embargo, cómo es tratada por sus doctores) y el exámen de las circunstancias todas de los yacimientos y de los objetos que en ellos se encuentran.

Como se tiene grande y racional empeño en relacionar el estado del hombre con la existencia de

(1) «Como no saben fabricar armas, matan los animales con cuernos puntiagudos. Córtanles en pedazos con piedras afiladas. Ponen los pescados á tostar en piedras expuesta al sol. Cuando no hay pesca, por estar el mar alborotado, recojen conchas y las rompen con las piedras... Cuando semejante alimento se les acaba, recurren á las espinas amontonadas; eligen la más sabrosas, las dividen por las articulaciones y las rompen con los dientes...»

muchos animales, y como con este propósito, según indiqué muy á la ligera en un artículo anterior, se han establecido tablas de comparación de la fauna y de la flora de cada época con las edades arqueológicas, diré que en los kiokenmodingos daneses no se han encontrado restos de otro animal doméstico que del perro, aunque sí del jabalí, ciervo, así *elaphus* como comun, zorro, oso blanco, reno, etc., advirtiéndose que los huesos más utilizados, y esto es comun á todas las épocas primitivas, merced á la excelente textura que estos ofrecen, fueron los del reno. Se señalan, además, trece clases de moluscos marinos, sobre todó la ostra.

Por último, aunque en Dinamarca, y á las orillas de sus bajas costas, de continuo azotadas por aquellos revueltos mares, se encuentra el mayor número de estas estaciones antehistóricas, que el espíritu investigador de la ciencia moderna ha hecho tan interesantes, también se pretende haberlas descubierto en otros países de menor latitud, y aún en los Estados-Unidos, en el Brasil y en la Australia. No es extraño, que al fin las mismas causas producen en igualdad de circunstancias idénticos efectos.

Palafitos.—En los países de los lagos, donde la naturaleza aún bravía, y la necesidad de resguardarse de muchos peligros, y hasta el hábito de an-

dar cerca de ellas, obligaron ó movieron á los hombres á buscar sobre las aguas una seguridad ó una comodidad acaso hoy no comprendidas, y que no hallaban en la tierra, dejaron las tribus antehistóricas señales ciertas de su existencia hasta en el fondo de las olas. Los restos que de las habitaciones de madera se encuentran sepultados en los lagos, y que hoy, tras de muchos siglos, saca á luz la arqueología, se llaman lacustres y también palafitos (madera antigua), sin contar con otras denominaciones ménos generalizadas.

Construían aquellas gentes sus frágiles casas sobre pilotes puestos, sin duda con gran trabajo, en el suelo de los grandes depósitos de agua recogida al pié de los montes ó en los valles afortunados á que Dios concedió semejantes galas. Si atribuimos estas construcciones á los hombres primitivos, menester es no considerarlas como antiguas Venecias, sino como rústicas cabañas ó barracas incómodas, bajo cuyo suelo gemían las dulces aguas de los lagos helvéticos. Aun así, aun siendo tan rústicas aquellas ciudades lacustres, ofrecen grande interés arqueológico, pues entre sus pilotes, y mezclados con los barro, piedras y otros materiales que daban mayor solidez á sus cimientos, sumidos en aquel negro cieno que tan poco agradables hace estas investigaciones, se hallan

toda clase de objetos de la edad de piedra, desde la punta de lanza rudamente tallada hasta los anillos de mármol de uso desconocido, y los pobres peines con que se alisaban el cabello las rústicas damas de los enamorados hombres prehistóricos.

Obsérvase que los palafitos, la capa de barro en que reposan y los objetos de ella extraídos, presentan por lo común un color negro, causado sin duda por haber sido destruidas por las llamas estas habitaciones primitivas. Y es muy digno de saberse además, que no sólo corresponden á la edad de piedra, sino también á las del bronce y hierro. En los hallazgos del coronel Schwal, en 1835, en el lago de Neuchatel, se han encontrado casi juntas la edad de piedra y la del bronce. Aunque ya habia algunas noticias ó indicaciones de estos singulares monumentos (si tal nombre merecen), puede decirse que el primer descubrimiento de las estaciones lacustres, hecho en el lago de Zurich, data de no hace muchos años. Suiza, conjunto encantador de lagos y montañas, maravilla natural eterna, admiración y recreo de los hombres de sentimiento, es el centro de las construcciones lacustres, el museo inagotable de los palafitos, y á los sabios de aquel país y á sus felices hallazgos debemos el conocimiento de esta parte de la arqueología.

Los escritores suizos clasifican los palafitos, según su condición y carácter, conforme á la división de las tres edades prehistóricas de la piedra, del bronce y del hierro, y tal ha sido su perseverancia y tan ahincadamente han emprendido el ingrato exámen de los yacimientos lacustres, que han logrado distinguir sus diferentes capas y edades, aquilatar su importancia y hasta calcular el número de pilotes ó estacas plantadas en los lagos de aquel país, siéndoles, despues de esto, tarea no insuperable la de fijar el número de estaciones, ó más claro, de poblaciones lacustres sepultadas en las orillas de sus hermosos lagos. ¡Quién habia de suponer, paseando por aquellas riberas cubiertas de verdura, ó surcando sobre ligeras barcas las tranquilas ondas que se extienden al pié de los nevados Alpes, que aquellas aguas esconden en su seno los sepulcros y las casas de los antecesores de Guillermo Tell y de los héroes de Morgarten! (1) En Ir-

(1) Pueden verse sobre este asunto interesantísimo las obras de MM. Desor y Troyon, tituladas respectivamente *Les palafites ou constructions lacustres y Habitacions lacustres des anciens et modernes*. Heér ha escrito un libro sobre la flora de los palafitos, modelo de ingenio inductivo, y Lioy y Rabut han tratado de los palafitos del Vicentino y de Saboya. El Sr. Vilanova, en su erudita obra *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*, ha publicado algunos datos curiosos, tomados de dichos libros. Así, nos dice que en el lago de Constanza hay 30 poblaciones lacustres de la edad de piedra y 12

landa se llaman *cranoges* á unas construcciones análogas á los palafitos; porque se consideran de época posterior á la de estos.

En España hay pocas señales de habitaciones lacustres. Es verdad que aquí no se encuentran apenas de estas cosas, sin duda porque nuestra invencible incuria no las busca. Sin embargo, el señor Villaamil y Castro, en su obra sobre las antigüedades de Galicia, pretende demostrar que en las lagunas de aquella region hubo algo de esto. Podría ser; pero las razones que aduce no me convencen de que sea su opinion, aunque autorizada, del todo irrecusable.

Turberas.—No me propongo, ya puede usted suponerlo, meterme por el campo de las disquisiciones geológicas, porque esto sería para mí caminar á tontas y á locas, y extraviarme por terrenos vedados. No he de referir al lector las condiciones naturales en que se han formado las yacimientos de sustancias vegetales, que se llaman turberas, y que tanto sirven para la combustion en algunos países, puesto que aquí procedo atendiendo casi exclusivamente al concepto arqueológico, sin tener

en el de Nenchatel; que estas estaciones ocupan en algunos lagos 180,000 pies cuadrados; que en la estacion de Wangen (Constanza) se cuentan 40.000 pilotes, y 100.000 en la famosísima de Rohenhauseu. Si son ciertos estos cálculos, bien puede decirse que se trata de populosas ciudades.

en cuenta el geológico, sino en su más sencilla idea. Pero conviene decir para nuestro intento, que la formación de las turberas es más reciente que la de esa capa de aluvion, llamada *diluvium*, y que corresponde al terreno cuaternario; que contienen grandes cantidades de materia vegetal, tronco y ramas de árboles, y hasta bosques enteros enterrados, cuya flora han descrito minuciosamente algunos naturalistas como Steenstrup, según el cual, alguna vez han extraído los obreros, dedicados á la explotación de las turberas, hachas de piedra clavadas en el tronco de los pinos allí sepultados.

Y de aquí nace el interés arqueológico de estos yacimientos, que contienen en abundancia señales de la existencia humana y objetos no sólo de la edad de piedra, sino de la del bronce, lo que demuestra, ó la gran antigüedad de la raza humana, ó la formación relativamente moderna de las turberas. Los copiosísimos museos de Copenhague y de Stokolmo, que usted ha tenido la fortuna de visitar, conservan abundantes objetos de armas prehistóricas extraídas de las turberas.

Estas se encuentran á diferentes alturas, en terrenos bajos y pantanosos, que es lo más frecuente, ó sobre altas mesetas, apoyadas sobre una capa de sustancia gredosa ó impermeable, en los deltas y

desembocadura de los rios y en climas de temperatura media, pues parece demostrado que no favorecen la elaboracion lenta de la turba, ni los rigores polares, ni el calor de las regiones de los trópicos (1). El corte de las turberas suele ofrecer singulares accidentes, pues unas veces se hallan estas capas como cortadas por venas y filtraciones de otra condicion, y otras se observa que una capa de guijo, arena, etc., ha supendido el crecimiento de la turba, que luego, por otra causa imprevista, proseguía elaborándose en una capa superior. Más aún; los horizontes turbosos superpuestos denotan, segun algunos naturalistas, diferentes épocas climatológicas y tocantes á la edad del linaje humano, de tal manera, que pueden considerarse como archivos en que se han depositado los vestigios de las edades sucesivas.

No convienen los escritores al señalar fechas á las turberas. Su singular formacion contribuye á esta falta de concordia, puesto que no es posible decir cuándo empezó y cuándo acabará el crecimiento de estos terrenos, cosa, si bien difícil, más cercana á la verdad cuando tratamos de otra clase de terrenos y estratificaciones. Steenstrup, á quien

(1) Vilanova, *Origen y antigüedad del hombre*.

con insistencia menciona, considera las turberas de su país como propias de la edad neolítica: otros opinan de diferente manera. Pero obsérvese que los yacimientos de que se trata no se formaron á un tiempo en los diferentes países y regiones (1)



(1) Nilson encontró en las turberas diferentes restos de mamíferos; dos esqueletos enteros, uno de los cuales tenía aún clavada entre las vértebras el arma de piedra que le había dado la muerte, y cuernos de rano; pero pocas señales de animales domésticos. «En cuanto á la flora, dice el Sr. Vilanova, además de los horizontes ya indicados del pino, de la encina y del haya, los sabios daneses distinguen tres grupos de turbales por las especies en ellos más frecuentes. Llaman al primero turba de las landas, *hede-mose*, en las cuales sólo se ven diferentes especies del género sphagnum; la segunda de los pantanos, *hjaer-mose*, en la cual se encuentran musgos y gramíneas; y la ternera de los bosques, *Eskou-mose*, en la cual se encuentran, además de los musgos, varios troncos de árboles.» *Origen y antigüedad del hombre.*

IV

Mi querido amigo: A medida que descendemos en este estudio de las consideraciones generales á la observacion de los datos que la laboriosidad y afan investigador de los arqueólogos obtienen; se hace ménos peligroso, aunque acaso más árido. En el método inductivo, puede llegar la ciencia que estudia los hechos á las más absurdas opiniones y á las teorías ménos probables; pero al discurrir de arriba abajo, preciso es oponer á los fieros de la imaginacion, eterna loca de la casa, el frio y tranquilo exámen de los hechos evidentes.

En esta tarea, y cuando se abandonan las pretensiones que todos tenemos de alcanzar las verdades de órden superior, el racional conocimiento de las cosas importa sobremanera para explicarnos su valor é importancia. Mejor que descender á lo profundo de las cavernas, dolmenes, palafitos, etc., pertrechados del embarazoso aparato científico de

ciertos escritores, conviene estudiar detenida y concienzudamente, y, como si dijéramos, uno á uno, los casi impenetrables misterios que aquellos monumentos mudos guardan acerca de una antigüedad que jamás podremos conocer del todo. La atenta observacion de los objetos de la edad de piedra, de los restos de la existencia y actividad del hombre, y de los lugares que habitó, consiente, sujeta á cierta medida, la indagacion de los distintos y complicados problemas que á tan importante asunto, como es la antigüedad y priméros pasos de nuestro linaje, se refieren, sin que debamos dar crédito alguno á los engañosos cálculos y peligrosas opiniones de los que tratan de ajustar los hechos á sus teorías y propósitos, siquiera aparenten ir dirigidos á un alto fin científico.

Por eso doy, como usted observará, singular importancia á la descripcion de los lugares en que el hombre prehistórico dejó huellas de sus lentos pasos por el camino de la cultura. Yo entiendo que si los afortunados y diligentes descubridores de estas estaciones prehistóricas, se atuvieran más á lo que ven, fueran menores los tropiezos de las ciencias antropológica, geológica y arqueológica. Mas sucede, por desdicha, lo contrario; pues apenas hay averiguador de tales cosas que no se crea obligado á levantar caprichosos sueños sobre un hacha

de piedra ó un sencillo dolmen. ¿No fuera mejor aguardar pacientemente á que se asentasen multitud de hechos análogos ó idénticos, que se comparasen á la luz de una crítica racional y comedida, y que se observasen en estos asuntos las exigencias del buen sentido, antes de procederse á fijar las leyes del origen, crecimiento y manera de ser de la especie humana? ¿Acaso la arqueología y las ciencias auxiliares y hermanas de ésta que atrae nuestra atención, tienen un organismo distinto y un privilegio de que no gozan los demás órdenes de conocimientos? En lo que á nosotros toca, así hemos de proceder, y no ha de irnos mal con esa especie de previsora desconfianza con que escuchamos las altas voces de ciertos sabios (1).

(1) En el delta del Nilo, y á una profundidad verdaderamente notable, se hallaron hace algunos años ciertos restos de la industria del hombre. Pusieronse los calculistas á amontonar cifras, y dieron como cosa cierta que aquellas antigüedades tenían unos 15 ó 17.000 años, demostrando que se hallaron bajo una capa de aluvion de unos 70 piés y suponiendo que el delta se eleva cinco pulgadas por siglo. Otro hallazgo de huesos humanos del delta del Misissipi, ha hecho creer á M. Dewler que no baja de 50.000 años la antigüedad de aquellos restos. El gran geólogo inglés Lyell, de reputación universal, no se daba punto de reposo en esto de amontonar cifras.

Para conocer el estado de la ciencia entre los católicos, conviene conocer las obras escritas, recientemente, sobre el Génesis, el diluvio y los orígenes del mundo, por monseñor Meignan, obispo de Chalons, y por los Sres. Aubin, Kernaeret, conde de Vogué, Lecomte, Lambert, etc. También es útil la muy reciente obra de Eugenio Loudun, titulada *Les ignorances de la science moderne*.

Talleres.—Prosiguiendo el exámen de los lugares en que principalmente se encuentran los vestigios del hombre prehistórico, y de sus viviendas, utensilios, etc., conviene decir algo sobre los sitios en que, por la abundancia de objetos de piedra tallados, más ó ménos acabadamente, se vé como los talleres de armas y utensilios de la edad de piedra.

A primera vista, y fijando la consideracion en el atraso industrial de aquellas gentes, parece claro que cada individuo se dedicaria á procurarse los objetos que para sus necesidades habia de emplear, y como el arte de labrar la piedra, sobre todo en el período paleolítico, no revela un adelantamiento extraordinario, casi hay repugnancia en admitir la existencia de semejantes talleres, que demuestran una ocupacion continúa y quizá exclusiva de algunas personas. Y hé aquí como podemos dejar establecida la existencia de un oficio mecánico en plena barbarie. Porque parece indudable que ciertos grandes depósitos de silex, diorita y otros minerales que se encuentran en diferentes puntos de Francia, Inglaterra, España, etc., son los restos de una fabricacion en grande escala de armas y útiles de piedra. Demuéstranlo, en primer lugar, los numerosos trozos de aquellos minerales en que se ve palpable la accion de la mano del hombre, y en segundo, el encontrarse algunas veces esos talleres

muy lejos de las canteras. En ellos se ve desde el núcleo ó riñón de pedernal todavía intacto, hasta los más curiosos útiles, ya del todo prontos á servir para diferentes usos; desde el martillo y el pulimentador del operario, hasta la punta de lanza ó el hacha cortante del valeroso guerrero. A veces se encuentran objetos ya acabados, pero que hizo inútiles acaso el último mal dirigido golpe.

Mas es preciso tener en cuenta que son pocos los objetos de piedra perfectos que se hallan en los talleres, sin duda porque, como hoy sucede, el comercio los distribuía en cuanto dejaban las manos del obrero.

Por lo comun, hállanse los talleres al pié de las canteras de que sacaban los primeros materiales. Sin duda no desconocian nuestros antepasados la propiedad que tiene el sílex, como otras piedras, de ofrecer menor dureza cuanto ménos tiempo pasa desde su extracción del terreno (1). Serviríanse de otras piedras talladas en forma de martillo, de cincel, etc., para dar la longitud, anchura, aspecto y corte convenientes á los núcleos de pedernal, diorita, jadeita, etc., que presentaba el primer trabajo de la cantera, y sólo Dios sabe lo penosas que serian

(1) Memoria de M. Maricourt, publicada en el tomo correspondiente á la sesion XXXIX del Congreso arqueológico de Francia.

estas labores, y la multitud de piedras que se romperían y trabajarían inútilmente antes de conseguir cualquiera de esos objetos, casi despreciables, que figuran en nuestras colecciones. Me resisto á aceptar la opinion de que con este fin se empleasen martillos de hueso, así porque no es útil su uso, como por no haberse encontrado tales instrumentos en ninguno de los talleres conocidos, al ménos que yo sepa (1).

Los del período neolítico son más dignos de atencion, porque ofrecen nuevos datos que corresponden al mayor adelantamiento de esta primitiva industria. Sin contar con los objetos ya perfeccionados que en ellos hay todavía, ó que ha extraído la reciente curiosidad de los hombres, guardan numerosos pulimentadores y raspadores en que se afinaba la antigua tosca labor. Eran aquellos instrumentos pedazos de asperon muy compacto, en cuyos huecos, abiertos cuidadosa y adecuadamente, se metía la piedra tallada y que había de pulimentarse; el frotamiento paciente y continuo suavizaba

(1) Opina de distinto modo el abate Chevalier, según puede verse en la sesión XXXVI del Congreso arqueológico de Francia. Por cierto que, tratando dicho señor del taller de Pressigny, necesita combatir la idea extendida por algun enemigo de estas cosas, de que había estado destinado á la fabricacion de piedras de fusil. Para negar del todo semejante especie, basta saber que en la construccion de muchas antiguas casas de Pressigny se han empleado los núcleos y piedras labradas del taller prehistórico.

las superficies angulosas y concoideas, y les daba esa apariencia agradable que tienen las armas y utensilios del período neolítico (1).

Causa verdadero asombro el número de objetos de piedra que se conoce. Usted ha tenido la fortuna de ver millares y millares de ellos en los museos de Copenhague, Stockolmo y otros puntos. En la célebre caverna de Bélgica, llamada *Trou de Chaleux*, halló su explorador M. Dupont más de 30.000 cuchillos (2). El museo de Copenhague, ya citado, cuenta 12.000 objetos de piedra, y muchos más el de Stockolmo. Y si fijamos además la atención en la inmensa cantidad de materiales contenidos todavía en estos depósitos á que llamamos talleres, menester es suponer, ó que Europa estaba muy poblada, ó que sus primeros habitantes consumían extraordinaria cantidad de objetos de piedra. Esto

(1) Se han hecho experimentos curiosos sobre la manera de pulimentar las piedras de diferente naturaleza de que se sirvieron los hombres prehistóricos. En la sesión del Congreso arqueológico de Francia antes mencionada, demostró el abate Chevalier prácticamente el procedimiento que se empleaba.

(2) Notas del libro de Büchner, *El hombre según la ciencia*; Montelius, *Antigüedades suecois*; Vilanova y Tubino, *Viaje científico á Dinamarca y Suecia*; Wilde, *Catálogo de las antigüedades del Museo de la Academia Real de Irlanda*, obras de Lubbock, etc. Escaseo lo posible las referencias bibliográficas; pero no puedo ménos de recomendar en lo que á ellas toca el *Cronicon científico-popular* del señor Huelin, y los dos años últimos de la excelente publicación francesa *Polybiblion* que figura sobre el bufete de todos los eruditos.

podiera originar muchas dudas y llevar nuestra consideracion muy lejos, si fuera posible extendernos más en este asunto.

La enumeracion minuciosa de los objetos que salieron de estos talleres fuera larga, y no se compagina con el plan estrecho que la índole de este trabajo y las exigencias del periódico imponen. Baste saber que los peritos distinguen, clasifican y describen los cuchillos, raspadores, flechas, lanzas, martillos, discos, punzones, etc., y que, segun la forma y disposicion de los más notables de estos objetos hallados en diferentes puntos, se han clasificado por tipos, como el de Abbeville, la Magdalena, Amiens, etc.

Los talleres se encuentran comunmente al aire libre, no en yacimientos ocultos. Indica esto que pertenecen á una época relativamente moderna y adelantada. Al fin, estas son señales ciertas de los cambios lentos, pero sucesivos, que ocasionaron el tránsito del período paleolítico al neolítico. (1)

(1) M. Alejandro Bertrand, sabio conservador del Museo de San German, distingue las siguientes innovaciones en la edad neolítica.

- 1.ª Pulimento de la piedra.
- 2.ª Ereccion de los monumentos megalíticos.
- 3.ª Inhumacion de los cadáveres en sepulturas importantes.
- 4.ª Construccion de las habitaciones lacustres ó palafitos.
- 5.ª Educacion de los animales domésticos.

Pozos sepulturas.—A semejanza del minero que busca con ahinco el soñado filon de que se propone arrancar un porvenir dichoso, con desinteresado afan remueve la tierra el arqueólogo, alentado por la esperanza nobilísima de aclarar algunos de los misterios de la antigüedad. Y así como los esfuerzos del buscador de riquezas materiales suelen merecer algunas veces el codiciado premio, tambien los afanes y desvelos del hombre de ciencia encuentran á la postre satisfaccion y lauros.

La invencion y estudio de estos singulares monumentos, sólo cuentan unos veinte años de fecha. El abate Baudry, en un lugar de la Vendée, y M. Dufaur de Pibrac, fueron los primeros que conocieron é investigaron el valor arqueológico de unos pozos abiertos por la mano del hombre y llenos de tierra, piedras, trozos de vasijas, restos de animales de varia especie, etc. En una época en

6.ª Cultivo de los cereales.

7.ª Uso de los tejidos de lana, lino, corteza, etc.

8.ª Falta de representacion escultural de seres animados, al contrario de lo que se conoce de la época de los trogloditas.

9.ª Esculturas puramente lineales en los monumentos.

En el Congreso prehistórico de Stokolmo de 1874, la mayor parte de los sábios convinieron en que no se había conocido en Suecia la edad paleolítica, cuya afirmacion encierra esta otra: el hombre no ha vivido en Suecia en la época glacial ó diluviana. Los descubrimientos hechos hasta hoy en dicho país, se refieren á la época de la piedra pulimentada. Segun Bertrand y otros autores, el hierro no se conoció en los países hasta la era de Cristo. *Revue archeologique* 1875.

que se han estudiado tanto los kiokemodíngos, no podía despreciarse semejante descubrimiento, que llegó á tenerse en mucha estima cuando se observó el hecho repetido de que en el fondo de estas concavidades se contenían una urna cineraria, armas de piedra y bronce ú otros curiosos objetos. A veces se encontraban en un mismo paraje varios de estos pozos, y todos llenos de los materiales expresados.

Surgieron al punto las dudas sobre su importancia y antigüedad. Díjose que no se debían á la industria del hombre, sino que eran aberturas y concavidades naturales del suelo, que por caso fortuito se habian rellenado de cualquier manera y sin intencion alguna. (1) Añadióse por otros escri-

(1) Hablando en plata, me parece insostenible opinion semejante, y apenas se comprende que quienes han visto los pozos ó han leído su descripción y la de los objetos que contienen, puedan atribuir á la casualidad ó á la naturaleza la formación de estas sepulturas. En la de Tronssepoil (Vendée), en que se halló sepultado un arbusto, estaba este dispuesto de manera que el extremo retorcido de su tronco tapase cuidadosamente la boca del vaso del fondo. La conformidad de caracteres de los pozos, y sobre todo el hallarse revestidos algunos de ellos de piedras, ladrillos, etc., hace inútil toda discusión sobre el asunto. No es esto decir que los hombres no se hayan aprovechado algunas veces de pozos y aberturas naturales para arrojar allí huesos, armas, piedras, vasijas, etcétera; pero destruye esto la creencia en un sistema especial de sepulturas, de que es evidente demostracion el gran número de pozos que ya se conocen? (Memoria presentada al Congreso arqueológico de Francia en 1872 por M. A. Du-reau.)

tores más benévolos que pertenecían á la época gala y á la romana. Pero la multitud de hallazgos semejantes á los del abate Baudry, el atento examen de ellos, la naturaleza del terreno en que se abrieron y su contenido, desvanecieron muchas dudas infundadas.

En efecto, algunos de estos pozos, que alcanzan diferentes profundidades (de uno á trece metros), se encuentran revestidos de piedras, cerrados con una especie de cúpula, ó abiertos con arreglo á formas geométricas. No es esto lo único que conviene conocer, pues es notable tambien el hecho de que varias de estas sepulturas se hallan rellenas cuidadosamente por medio de distintas capas, ya compuestas de diferentes materiales, ya separadas por hiladas de piedras. En el fondo se encuentra casi siempre una vasija cineraria cubierta con una tosca piedra, y acaso resguardada dentro de una especie de celdilla formada por cantos ó tejas. En el resto del pozo hay, mezclados con tierra, trozos de miserable cerámica, huesos de animales, piedras y utensilios.

Sospéchase vivamente, como hemos dicho, que las vasijas del fondo fueran verdaderas urnas cinerarias, lo que, de ser acertada la sospecha, demostraría que estas obras tienen menor antigüedad que los túmulos, y que podrian atribuirse á una época

de transición, puesto que los túmulos celtas contienen por lo común cadáveres no quemados. Es de notar, que en algunos de ellos se ha encontrado como plantado un arbusto, cuyas raíces tocaban en el fondo.

La disposición de los pozos es muy distinta: unas veces tienen forma cilíndrica prolongada; otras semejan una ánfora romana; otras tienen el orificio más estrecho ó más ancho que la base; en ocasiones, más parecen la vaina de una espada gigantesca que otra cosa. Uno se ha descubierto en que el eje sufre una especie de desviación palpable. En muchos se encuentran huesos humanos medio quemados.

Descartadas las dudas de los geólogos, surgieron las relativas á la antigüedad de los pozos-sepulturas. M. Baudry, que ha escrito sobre ellos varias notabilísimas Memorias, procediendo cautamente y sin dejarse llevar del entusiasmo que tienen todos los descubridores, cree que corresponden á la época galo-romana, fundándose en la multitud de objetos de la misma que suelen contener. Pero como los Sres. Burgeois, Joliet, el sábio Rochambeau y otros han descubierto en tales monumentos hachas, flechas y utensilios de sílex, menester es pensar en más lejanos tiempos y atribuir á la edad de piedra el origen de los pozos-sepultu-

ras, aunque después hayan sido usados también por galos y romanos. Lo cierto es que ofrecen un carácter arqueológico indudable, y que merecen ser detenida y cuidadosamente estudiados. (1). Acaso en la opinión contraria á su antigüedad antehistórica ha influido el conocimiento de otros monumentos parecidos que se encuentran en algunos puntos de Italia, singularmente en Poggio Renzo. Estos consisten en unos huecos pequeños abiertos en la tierra, revestidos de obras de más ó ménos perfecta mampostería, y que guardan urnas cinerarias; pero pertenecen á la época de los me-

(1) En esto de sepulturas hay que distinguir las diferentes clases que la antigüedad nos ha dejado. M. Desor, en un interesante trabajo que publicó en la *Revue archeologique* en 1876, describe un monumento fúnebre que no puede confundirse con estos de que tratamos, ni con los túmulos. Frente á una de las estaciones lacustres del lago de Neuchatel (Suiza), se hallaron unos obreros un sepulcro formado de grandes losas, que contenian bastantes huesos y cráneos humanos. Era un verdadero monumento megalítico, una especie de túmulo, aunque poco caracterizado. En él habia también dosachas de serpentina del período neolítico, objetos de bronce y ámbar, de época relativamente adelantada.

M. Desor supone que aquella tumba pertenecia á los palafitos de enfrente, fundándose: Primero, en la posible inclinación de los hombres de los lagos á no sepultar en el fondo de estos, sino en tierra, los restos de algunos de sus personajes. Segundo, en la proximidad de la tumba á la población lacustre. Tercero, en la semejanza de los cráneos de la tumba y de los extraídos del lago, pues unos y otros tienen la misma forma anatómica, deprimida y estrecha, frente baja, y la extraordinaria curvatura de los parietales advertida ya por los Sres. Rutimeyer é His en su *Cronología heloética*.

tales, según demuestran los objetos que guardan. Algunos arqueólogos de Italia que han escrito sobre ellos, presumen que corresponden á los albores de la civilización etrusca. De todos modos, alguna relación guardan con los pozos-sepulturas á que me refiero, aunque no sea posible por ahora señalar claramente las conexiones históricas y etnográficas que puede haber entre unos y otros. (1)

Dejando á un lado la descripción de los *cranogés* irlandeses y de las *terramaras* italianas, entraremos desde luego en el estudio de los monumentos megalíticos, los más conocidos é interesantes de la edad prehistórica. (2)

Guarde á usted Dios, etc.



(1) Estas sepulturas han sido muy estudiadas por los sabios italianos. En la *Revue archeologique* ha publicado M. Alejandro Bertrand un curioso estudio sobre los de Poggio-Renzo que merece ser conocido.

(2) Quien tuviere tiempo y gusto de dedicarse al conocimiento de las *terramaras*, puede consultar, entre otros, estos libros: *Relazione sugli terramara del Montale*, por Bonizzi; Lioc, *La abitazioni lacustri*; Pigorini, *Terramara dell' epoca del bronzo in Montepelato*, y las publicaciones y relaciones de congresos y academias arqueológicas de Bolonia, Roma, etc.

V

En días anteriores he señalado, mi buen amigo, la especie de reaccion promovida entre los hombres de ciencia por la exageracion de aquellos arqueólogos y geólogos para quienes la antigüedad del mundo y de la vida humana es anterior á los más holgados cálculos.

Fergusson, Hamard y otros parece como que se han propuesto amenguar aquellas exageraciones procediendo con un comedimento y cautela excesivos, y prefiriendo, como se dice, más pecar de prudentes que soltar irreflexivas prendas. Hacen bien; pero tanto puede oponerse á los progresos de las ciencias históricas una imaginacion alborotada como un escepticismo sin fundamento.

M. Alejandro Bertrand sigue un término medio. En una interesante y celebrada conferencia que en Abril último dió á la Asociacion científica

de Francia insistió en las opiniones ya expuestas en su último y notable libro sobre arqueología céltica y gala. Este escritor consideró en dicha conferencia los restos de las poblaciones primitivas de la Europa occidental hacia el siglo IV antes de nuestra era, y estableció de nuevo la línea divisoria que, partiendo de Marsella hacia los países del Norte de Francia, los separa en dos regiones: al Norte y Oeste la de los dolmenes; al Sur y Este la de los túmulos. Según M. Bertrand, los dolmenes son más antiguos y fueron obra de los celtas, como los túmulos de los galos. Por eso, dice, se encuentran en éstos más objetos de la edad de los metales. Los galos triunfaron al fin de los celtas, invadieron y conquistaron su país y acabaron con ellos. De todos modos, el célebre anticuario se aparta de los autores más entusiastas para acercar á nosotros los pueblos cuyos monumentos estudiamos, y que tan grande interés histórico y artístico nos ofrecen.

Cualquiera que sea su fecha, estos monumentos son los primeros frutos del arte arquitectónico en estas regiones occidentales y centrales de Europa. Fueran las grutas y cuevas naturales la primera habitación del hombre: corresponda en esto la primacía á las excavaciones hechas en las faldas de colinas y montañas, ó aceptemos como primera habitación la tienda de pieles ó los huecos troncos

de los grandes árboles, al cabo resultará que los primeros ensayos de la arquitectura primitiva son los restos megalíticos que hemos de describir hoy. ¡Singular manera de empezar la historia del arte, la de aquellos hombres que movían las grandes piedras que constituyen las construcciones megalíticas! Innegable es también que sus constructores gozaban de cierta cultura, quizá muy alejada del atrasadísimo estado de los hombres de la piedra tallada y del kiokenmodingo.

Hé aquí los principales monumentos megalíticos, ó sea formados por grandes piedras:

Menhir ó pelvan.—En el orden de sencillez de los monumentos megalíticos, ninguno debe ocupar el primer puesto mejor que éste, pues consiste en un monolito, por lo comun prismático, y puesto verticalmente en tierra. Su altura varía en extremo, pues se encuentran de un metro hasta veinte, como el célebre y ya casi destruido de Locmaria-ker, en Bretaña. Aplícaseles por regla general el nombre de menhir, pero en cada provincia ó localidad se les llama de otras maneras, que por lo comun se conforman con los orígenes ó destino que el vulgo les atribuye (1). Unos de ellos son esbeltos,

(1) En una Memoria presentada al Congreso arqueológico de Francia de 1866, por M. Dhomme, se dice lo siguiente que se refiere á las virtudes atribuidas por el vulgo á esta clase de antiguallas: «Las unas, como la *pedra de S. Waast* y el

prismáticos, de caras regularmente talladas: son otros piedras toscas en que no puso jamás su mano el hombre, sino para fijarlas en la posición vertical. A veces es menor su diámetro en la base que en la cúspide, y con frecuencia se tendrá por piedra natural el rústico menhier fijado por las tribus célticas en época remotísima y con propósito aún ignorado.

Importaría mucho desvanecer las dudas que los arqueólogos tienen sobre el origen y destino de estos monumentos, que siempre han movido la curiosidad de las gentes. Causa verdadero asombro el pensar en los medios de que se servirían aquellos hombres de la antigüedad primitiva para elevar estas moles de piedra, y se busca, como es consiguiente, el fin de tales afanes, sin que hasta hoy pueda aceptarse en redondo ninguna explicación de las muchas inventadas. Entienden unos que eran como cubiertas de las tumbas, semejantes á los monolitos usados todavía en cementerios musulmanes: suponen otros autores que eran verdaderos monumentos de gloria y de recuerdo, como las columnas triunfales y *rostratæ* de los romanos: representan acaso, según éste, la divinidad; mien-

Pasode S. Rieul, son objeto de veneración: otras, como la *piedra mágica* de Resoy, tienen recuerdos de mágica, de Rouville atrae en peregrinación á los novios, que aseguran la felicidad de su unión firmando el contrato sobre un ángulo, ya determinado.

tras, según aquél, eran simples señales de términos, rústicos hitos que partían las lindes de comarcas y pagos, opinión hoy casi del todo abandonada. El estudio de las poesías de Fingal y Ossian da autoridad á todas esas opiniones; mas, por ser á todas, no se la deja á ninguna.

Los habitantes de las comarcas en que se hallan estos menhires suelen mirarlos con cierto respeto supersticioso, todavía no borrado después de largos siglos. En la Edad Media era tal este respeto, que se convertía en culto, lo que obligó á la Iglesia á ocuparse en este asunto y á dictar algunas reglas disciplinarias. A esto obedece sin duda que la cruz de Cristo corone al presente algunos menhires, ó esté esculpida sobre una de sus caras. Ya antes de nuestra era se apropiaron estos monolitos á otros usos diferentes de los que les dieron origen: así, en uno de la orilla del río Clain se lee una inscripción gala; en cambio, el de Ploemeur ostenta adornos del Renacimiento. Esta especie de consagración hecha por las creencias posteriores, ha salvado de una destrucción cierta muchos menhires; mas no se les tenga por ello como de una época posterior á aquella en que se erigieron (1).

(1) Batissier, *Histoire de l'architecture*; Gailhabaut, *Monuments anciens et modernes*; *Dictionnaire archeologique de la Gaule, époque celtique, etc.*

Piedras oscilantes.—Como los anteriores, hállanse en todas las regiones del mundo. Si fuesen propias exclusivamente de ese pueblo á que debemos los túmulos, dolmenes y monumentos megalíticos, era necesario creer que habia llenado el mundo en las remotas edades. Consisten estos singularísimos monolitos en una gran piedra, cuya estrecha base descansa sobre el suelo en tal disposición, que un impulso un poco enérgico la hace perder el equilibrio y oscilar sobre aquella base. A veces, este impulso puede ser muy leve; tal es lo inestable de su equilibrio.

Quizá no hay monumento de esta especie que mayor interés ofrezca á los admirados ojos del vulgo, en quien causa maravilla el ver una roca de grandes dimensiones á que la mano del hombre hace moverse sin derribarla. De semejante admiración nace la diversidad de fines que se atribuye á las piedras oscilantes, y aún los eruditos en estas materias no han conseguido averiguar el destino probable de aquellos toscos restos de la antigüedad prehistórica. Con decir esto se comprenderá que abundan las explicaciones de los arqueólogos sobre un asunto oscurísimo, quizá más que todos sus afines. Un escritor ha visto en ellas, no sólo la imagen del mundo en el espacio, sino los principios elementales de la ciencia matemática: el abatè Mahé,

sábido como pocos en estas cosas, pero un tanto visionario, se inclina á suponer que servian para demostrar la fidelidad de las esposas y la casta pureza de las jóvenes: los etimologistas, que han analizado escrupulosamente el nombre que dan á estas piedras en Inglaterra, creen que señalaban los lugares de reunion ó asamblea de las tribus antehistóricas, y otros, en fin, les atribuyen un fin religioso.

Es menester advertir que en la mayor parte de los casos son estas piedras, no una demostracion de los progresos de la mecánica entre los celtas, sino un caprichoso juego de la naturaleza. Digo más, y es que acaso muchas piedras oscilantes fueron colocadas en tan extraña disposicion por la mano poderosa de Dios durante los trastornos de las primeras épocas geológicas; pero luego los hombres las perfeccionaron y dejaron en ellas la señal de su labor é industria, como palpablemente se ve en diferentes casos. De todas maneras, causará asombro el saber que hay piedras oscilantes en Francia, cuyo peso se calcula en 500.000 kilogramos, y no es menor la famosa de West-Hoadley, en Inglaterra.

Alineamientos y cromlechs.—Una ó varias líneas de menhires, más ó ménos importantes, que se dirigen hácia un punto, constituyen, como indica su nombre, los alineamientos. Terminan por

lo comun en un espacio, donde se ve un cromlech; círculo más ó ménos perfecto, y que suele contener otros círculos ó elipses formados por piedras aisladas.

Tampoco ha sido fácil hallar el natural objeto de estos vestigios, aunque han sido muy estudiados. Los famosos de Carnac (Morbihan), que usted ha visto, son los más notables que se conocen; pero los autores no convienen al explicar el objeto de aquellas 1.700 piedras, cuya mayor parte se han conservado en pié, á pesar de las injurias del tiempo y de los campesinos bretones. M. Penhouet ve allí la señal cierta del culto ofiolátrico, mientras otros, á cuya opinion usted se arrima, suponen que aquello es el recuerdo misterioso y vivo de una gran batalla, dada acaso para salvar la independencia de la Armórica, puesta en peligro por el valor y la ambicion de los romanos. M. de La Sauvagère entiende que aquellas construcciones sirvieron como de defensa, adorno, etc., á un campo romano allí erigido, fundándose principalmente, con gran aplauso de usted, en que César, tan minucioso y exacto en sus *Comentarios* de la guerra de las Galias, nada dijo de este monumento de Carnac, cerca del que consiguió una gran victoria. Yo tengo el sentimiento de apartarme de este parecer, que fija una fecha moderna á monumentos que son, á

mi juicio, contemporáneos y análogos á los demás que menciono (1).

En el centro de algunos cromlechs se levanta un gran menhir ó pelvan, á que las poesías de Ossian llaman «piedra sagrada del poder», como se advierte en el bello é interesante de Stennis, en una de las islas Orcadas. En otros, las grandes piedras están tan próximas entre sí, que ha podido unírseles por la cima con otras, formando una especie de arquitrabe corrido. Además del de Carnac, son muy notables el citado de Stennis, algunos muy toscos descubiertos en Alemania y el de Avebury, estudiado al mediar el siglo XVIII por el inglés Stukeley (2), y considerado por algunos como el Vatica-

(1) Una tradición bretona dice que aquellas piedras alineadas fueron soldados paganos, á quienes San Cornelio, por ellos perseguido, redujo á tan lastimoso estado. Por eso llaman á aquellos monolitos *soldados de San Cornelio*.

(2) Titúlase su obra, escrita en 1743, *Avebur á Temple of the British Druids*. En el *Descriptive catalogue of the Antiquities of Wilde*, libro curioso y bien hecho, como pocos de su clase, se describe y reproduce (pág. 119 y 120) un curioso monumento militar de tiempo muy remoto, que más se asemeja á las construcciones pelágicas ó ciclopeas que á los llamados monumentos célticos. En la misma obra se reproducen muy notables objetos de la edad de piedra, más originales é interesantes que los hallados en Suecia y Francia. El Museo de la Academia de Irlanda, á que dicha obra se refiere, es notabilísimo, pero quizá en algunos de sus objetos han visto los peritos y M. Wilde lo que hay. Pero la imaginación de los arqueólogos se asemeja con frecuencia á la de los poetas. En el mismo libro se trata del cromlech de Hazlewood, cuya disposición y planta son muy extrañas.

Galerías cubiertas.—Lisch explica su construcción y destino, diciendo que cuando un dolmen no bastaba para contener varios cadáveres, se le alargaba añadiendo varias piedras verticales y cubriéndolas con otras horizontales, y aumentando de igual manera y en una misma línea estas construcciones, se formaba una galería. Atendiendo á su forma regular, y por lo comun geométrica, y á la perfecta disposición que algunas ofrecen, no es posible aceptar semejante teoría. Creo que pudieron ser lugares religiosos, enterramientos de muchas personas ó, en la mayor parte de los casos, entrada monumental y como litúrgica de los túmulos y dolmenes; por tanto, supongo que las galerías se construyeron por lo comun á la par que esos otros monumentos, y como parte de ellos.

Dolmenes.—Constituyen los monumentos megalíticos de mayor interés histórico y arqueológico, y por eso hemos de hablar de ellos con alguna extensión. Consisten en varias piedras puestas verticalmente, y sobre las que descansa otra ú otras planas, formando una especie de mesa de muy variadas dimensiones. El más sencillo puede estar formado por dos piedras que soportan otra, en cuyo caso se llama *trilito*. *Semi-dolmen* se llamará si falta uno de los soportes, y entónces toca en el suelo uno de los extremos de la piedra de cubierta.

Hay un pasaje de Estrabon, cuyo sentido, ámpliamente interpretado, puede demostrar que los egipcios erigieron muchos trilitos; mas téngase en cuenta, para no incurrir en halagüeños errores, que la naturaleza ofrece ejemplos de trilitos y semi-dolmenes en que jamás puso mano la industria humana.

Los dolmenes han recibido denominaciones diversas. En Francia, además de la que hemos aceptado, siguiendo el ejemplo de la mayoría de los arqueólogos, se emplean las de galerías cubiertas, altares célticos y drúidicos, etc. En Inglaterra se les llama á veces cromlechs, pero sin razon; en Dinamarca, *Stendysser* y *Fættestuer*; en Alemania, *Hunengraber* y *Altare*; en España y Portugal, de varias maneras los pocos que se conocen en Andalucía, Galicia y otras comarcas (1). El nombre que ha prevalecido es el de *dolmen*, palabra bretona que vale tanto como «tabla de piedra.»

Un fervoroso arqueólogo, el baron de Bostetten, clasificó los dolmenes en dos grandes grupos: cubiertos ó descubiertos. Son los primeros, los que fueron sepultados bajo los montículos artificiales

(5) Villaamil y Castro, *Antigüedades prehistóricas y célticas de Andalucía*: Villanova, y Góngora, obras anteriormente citadas.

llamados *túmulos*, de que hemos de tratar con algun detenimiento; son los segundos, los que aparecen al aire libre, y á que propiamente llamamos dolmenes (1). Dicho escritor divide despues la primera clase en siete subclases, y en diez la segunda, enumeracion que no he de repetir por ser prolija y poco adecuada á mi intento. Se ha pretendido que todos han sido cubiertos, y que la accion constante de las aguas, el deseo de buscar en su recóndito seno imaginarios tesoros y otras causas, los han desnudado de su primitiva cubierta. M. de Bostetten destruye completamente, y con argumentos evidentes, semejante doctrina, que en nada se funda, sin que pueda negarse que alguna vez han podido descubrir del todo estos monumentos los agentes atmosféricos ó el trabajo humano (2).

(1) *Essai sur les dolmens*, par le Baron A. de Bonstetten. Ginebra, 1865.

(2) M. J. d'Estienne ha publicado hace poco en su curioso estudio sobre los monumentos megalíticos (*Revue des questions scientifiques*, IV) la siguiente clasificacion basada en la de Ferguson:

I. TÚMULOS.	{ En terraplen. Con pequeños huecos. Con dolmen. Con galería.
II. DOLMENES.	{ Sin túmulo. Sobre túmulo.

La singular construcción de estos monumentos, aún de los más perfectos, y las dimensiones extraordinarias que tienen las piedras de que constan la mayor parte de ellos, hacen pensar al punto en las dificultades que habrían de vencer aquellas tribus atrasadísimas que los levantaron. Comprendemos difícilmente que los egipcios construyesen sus altas é incomparables pirámides, formadas por inmensas piedras, y que los indios del Oriente tallasen laboriosísimamente sus admirables hipogeos, porque al fin, tenían conocimientos de mecánica y de artes; mas, ¿cómo no ha de causarnos admiración y asombro, á nosotros, que tanto orgullo tenemos con nuestros túneles y otras maravillas del trabajo, la construcción de obras megalíticas por un pueblo falto de toda clase de medios mecánicos, sin ideas científicas, y que apenas sabía tallar el jade y la cuarcita para conseguir el hacha tosca y la mezquina punta de flecha? No se concibe bien que aquellos bárbaros primitivos, verdaderos salvajes

-
- | | |
|------------------|---|
| III. MENHIREs. | { Sin inscripciones ni signos.
Con figuras ó inscripciones. |
| IV. CROMLECHs. | { Alrededor de un túmulo.
Alrededor de un dolmen.
Aislados. |
| V. ALINEAMIENTOS | { Que conducen á cromlechs.
Sin destino manifesto. |

quizá, que salían de las grutas ó dejaban el ligero abrigo de sus tiendas, pudieran manejar estos grandes monolitos, clavarlos en el suelo, y, sobre todo, cubrirlos con esas enormes losas que pesan muchas toneladas, obligándoles á guardar un equilibrio singular durante muchas centurias.

Un arqueólogo coronado, Federico VII de Dinamarca, escribió una curiosa Memoria para explicar la construcción de estos monumentos. Según él, después de colocar las piedras de sostenimiento y para cubrirlas con la gran losa superior, se llenaba de tierra el espacio interior del dolmen y se hacía además un plano inclinado, también de tierra, sobre el que, por medio de rollizos, se deslizaba dicha piedra hasta colocarla sobre los soportes, y logrado esto, que había de hacerse sin duda á fuerza de brazos y con mucho esmero, se limpiaba el interior y se quitaba el plano inclinado, mostrándose entonces el dolmen tal como hoy se conoce. De este modo explican también algunos la construcción de las pirámides de Egipto.

La oscuridad que reina en cuanto se refiere á la edad de piedra, se extiende á esta clase de obras. Quizá, como son las más importantes, han merecido mayor atención de los escritores, y por tanto,

han dado origen á mayor número de dudas. Como refiero estos monumentos á la edad de piedra, creo que son muy antiguos, aunque no tanto como los hombres de la época paleolítica, pues evidentemente demuestran cierta cultura. Me parece acertada la opinion que los atribuye á una época de transicion, como parecen demostrar los objetos de piedra, bronce y áun hierro que en ellos y en los túmulos se encuentran. Los Sres. Nilsson é Hildebrand creen que proceden de la imitacion de las cavernas ó grutas naturales, en cuyo caso, su antigüedad seria remotísima. El inglés Howrtoh los supone de origen caucásico. M. Alejandro Bertrand, el sabio arqueólogo francés cuyo ilustre nombre sueña repetidamente en estos artículos, los atribuye á los celtas (1).

Ménos concordia hay entre los arqueólogos al señalar el objeto probable de estos monumentos. Generalmente son seguidas estas dos opiniones: ó servian de altares ó de sepulturas. En favor de ambos pareceres se alegan ingeniosos argumentos. Como Tácito y otros latinos atribuyen á los druidas el uso de los sacrificios humanos sobre las aras

(1) *Archeologie celtique et gauloise* par A. Bertrand, 1876, Este escritor remonta los principios de la edad de piedra en Europa á unos mil años ántes de Jesucristo.

de sus divinidades, entienden algunos escritores modernos que esto era costumbre céltica, y que esos altares no eran otra cosa que los dolmenes. Los más fantaseadores añaden que las ranuras y concavidades que se ven sobre las tablas de algunos, tenían por objeto hacer correr y reunir la sangre de las víctimas. Pero un escritor de estas cosas, que ha observado estas concavidades y ranuras en más de doscientos dolmenes, niega el aserto, porque implica gran número de víctimas. En cambio, de este hecho general deducen otros la exactitud del supuesto terrible. Bueno es añadir, para que cada cual abrace la opinion más conforme con su manera de ver, que se atribuyen los huecos y agujeros observados á la acción natural de las aguas del cielo, ó á la mano del pastor que á la vera de su rebaño pasa las horas trazando con el cuchillo, sobre las piedras en que reposa indolente, toscos dibujos. Mucho celebraría conocer la opinion de usted, amigo mio, sobre este punto concreto (1).

Termino por hoy haciendo notar que la distincion entre dolmenes aislados y dolmenes con galería cubierta, ha hecho presumir á algun anticua-

(1) Carro, *Voyage chez les celtes*. 1863; Barailon, *Monuments celtiques*, etc.

rio, en estos asuntos enteridísimo, que pudieran corresponder á época distinta, siendo los segundos posteriores á aquellos. Las diferencias no se fundan sólo en la galería, sino en la forma de la construcción, y también en ciertos hallazgos de objetos contenidos en unos y otros (1).



(1) Así opina M. René Galles en su Memoria sobre el dolmen y túmulo de Manné-er-H'roek, publicada en Vannes en 1863.

VI

Mi querido amigo: Quizá es ya hora de terminar por mi parte este imperfecto bosquejo del arte prehistórico. Confieso que fuera de mi agrado dedicar algunos otros artículos á un asunto interesante y casi desconocido en España; pero la condicion del periódico en que han tenido holgada hospitalidad mis observaciones, y el temor de agotar al fin la benevolencia del lector, me obligan á cerrar en este número la ya larga tarea (1).

(1) Fuera ingratitud mia el no manifestar que varias personas me han hablado ó escrito sobre este asunto, mostrando gran interés en que se logre mi objeto de que sean más conocidas las ciencias referentes á la antigüedad del hombre y del mundo. Los eclesiásticos, sobre todo, convienen en la necesidad de que el clero español abrace con calor tales estudios, y se dedique á demostrar la concordancia de la fé y de las ciencias, y me hablan del aplauso con que sería acogida toda resolucion favorable al desarrollo de los estudios arqueológicos. Fuera bueno publicar algunas de las cartas recibidas, cosa que no consiente la índole de este periódico; pero no puedo ménos de mencionar un curioso escrito que debo á la bondad del Sr. D. Manuel José Rodríguez, párroco de La Bañeza, quien se propone ajustar á la narracion mosaica algunos de los principios de la ciencia prehistórica, abogando despues porque el clero de España siga en estos asuntos el glorioso ejemplo que le da el de Francia.

Claro es que he de referirme para ello á los túmulos; ó sea á los dolmenes encerrados dentro de una colina artificial, y que, segun algunos, y quizá conforme acredita la naturaleza de los objetos en muchos de ellos encontrados, corresponden al último período de la edad de piedra, y se mantienen en las inmediatas sucesivas, es decir, durante los amplísimos tiempos antehistóricos.

El montículo artificial que los guarda puede ser de diferentes formas y dimensiones. En unos casos es cónico, y por consiguiente tiene una base circular; en otros es de base elíptica, y tambien los hay de forma ovoidea, de tal manera, que se les compara á un medio huevo gigantesco. En cuanto á las dimensiones, la variedad es todavía mayor, y algunos de ellos, como el célebre de San Miguel de Carnac, explorado en 1862 por M. René Galles, mide 115 metros de eje mayor por 58 de eje menor, conteniendo, segun cálculos aproximados, unos 40.000 metros cúbicos de materiales (1). Estos materiales son tierra y piedras acarreadas para cubrir, quizá para siempre, los dolmenes que se atribuyen á los celtas. El estudio de la formacion de estos montículos es en extremo curioso, y todavía no han

(1) *Rapport de M. René Galles á le Préfet du Morbihan.*

explicado del todo el sentido natural de algunas de sus partes las repetidas observaciones hechas sobre estos monumentos por algunos exploradores celosísimos y entendidos. Los montículos están compuestos por un amontonamiento de tierras, ó se formaron primero con cantos puestos á granel y sin disposición arquitectónica alguna, que se recubrieron con espesas capas de arena y arcilla, ó presentan un conjunto de piedras sólo en la parte que rodea y cubre al dolmen, siendo el resto de arena, arcilla, etc.

Los túmulos son de dos clases: ó contienen la cámara sepulcral formada de grandes piedras, y que no es otra cosa que un dolmen sin comunicacion con el exterior, ó tienen una galería de entrada toscamente hecha por medio de losas, y que permite, ó permitió en otros tiempos, llegar desde fuera al interior del monumento. Sobre la disposición y orientación de las cámaras interiores, ó de los ejes del montículo artificial, se han hecho curiosas deducciones, cuya exactitud no está del todo demostrada, no obstante las analogías que se observan á cada paso, y que permiten explorar hoy estos restos de la antigüedad céltica, con gran provecho y poco coste. Los Sres. Lefebvre y René Galles consignan, como regla general, que los túmulos grandes carecen de la galería que casi siempre tie-

nen los pequeños (1). También se pretende demostrar que los túmulos de ambas clases difieren algo en su sistema de construcción, y que acaso los que tienen galería son posteriores á los que carecen de ella. Más aún: otro escritor supone que la galería no es más que una serie de dolmenes enlazados y contruidos sucesivamente, opinión en verdad poco admitida, aunque ingeniosa.

Realmente, lo que se llama cámara interior del túmulo no es otra cosa que un dolmen. Casi siempre es rectangular, de dos, tres ó cuatro metros de larga, y lo mismo ó ménos de ancha. Alguna vez se une á esta cámara otra más pequeña, cuyo destino no se ha conseguido averiguar. Las piedras de las paredes son grandes losas colocadas con destreza, aunque sin gusto artístico, y como no se unen estrechamente, hubieron los constructores de rellenar con piedras los intersticios y huecos. Sostienen estas paredes laterales la cubierta, que consiste casi siempre en un gran monolito, cuyo equilibrio se aseguró hábilmente. La cara interior suele

(3) En su estudio titulado *Mané-cr-H'roek, Dolmen decouvert sous un tumulus á Locmariaher*. Otro arqueólogo breton, M. Closmadeuc, pretende explicar este hecho diciendo que cuando los pueblos primitivos consagraban un dolmen á un solo personaje, lo cubrían con una gran colina artificial; pero si lo destinaban á toda una familia, ó quizá á una serie de jefes, construían la entrada ó galería para depositar sucesivamente los cadáveres.

estar como labrada, ó al ménos ofrece cierta imperfecta lisura, miéntras la exterior conserva su primitiva rudeza; el peso de estas piedras es extraordinario (1).

Las galerías, formadas por piedras verticales cubiertas por una especie de techo también de losas, son rectas por lo común, aunque no faltan ejemplos de otra disposición, como en el túmulo del Rocher en Plougoumelen, y alguno de Irlanda. Mas adviértase que, según dice un distinguido arqueólogo breton, en el estudio de los túmulos se tropieza á cada paso con lo inesperado, lo extraño y lo singular, que no permiten someter á rigurosa clasificación los hechos observados, no obstante la aparente sencillez y uniformidad de estos monumentos (2). Hay galerías de pavimento enlosado. En el túmulo de Grav'Inis, se supone que bajo la galería descubierta hay otra, porque sondeando por las juntas de las losas, se notan grandes huecos. En esa misma se advierte que el piso ni es horizontal, ni seguido, pues forma una série de

(1) Esta lisura de la cara interior ó intrados, y la aspereza natural de la exterior, acredita la opinión, según la que no eran los dolmenes altares de ninguna clase.

(2) *Tumulus et dolmen de Kercado. Rapport de M. René Galles.*

suaves escalones desde la entrada hasta el aposento en que concluye (1).

El interior de estos dolmenes enterrados suele estar manifiestamente dividido por hiladas de pequeñas piedras, que á veces apenas suben del suelo unas cuantas pulgadas, formando así cámara y antecámara. El suelo casi siempre es artificial, ó lo que es lo mismo, sobre el suelo natural se extiende una capa de tierra y de sustancias animales, depositada allí, ya por la acción del tiempo, ya por ministerio del hombre.

¿Qué destino tenían los túmulos? Aunque han ocurrido muchas é importantes dudas, se cree que fueron sepulturas de los hombres prehistóricos. Después de los trabajos hechos en varios países, y singularmente en la Bretaña francesa, esto parece ser cuestión resuelta; mas conviene no olvidar la naturaleza de estos estudios, para que no se tenga por cierto del todo lo que es sólo probable.

En muchos túmulos se encuentran restos de hombres y de animales, cenizas, vasos, armas de piedra y de metal, objetos de cerámica, carbon,

(1) Quizá el túmulo más notable que se conoce es este de Grav'Inis, situado en una isla de las costas del Morbihan, de aquella region insigne en los fastos prehistóricos, que encierra á Locmariaker y Carnac. Fue descubierto en 1832, y ha dado origen á interesantes estudios.

cuentas de collar, anillos de mármol, etc., unas veces sobre la superficie, otras mezclados con la capa de tierra que por lo comun cubre el suelo. Hay monumentos de este género, como el de Manné-er-H'roek, en que no se encuentra resto alguno de cadáveres, á pesar del exámen minucioso de su contenido, lo que hace suponer que no llegó á servir jamás de tumba, aunque fuese construido con este objeto. Pero en la mayor parte de los casos se hallan huesos humanos ó, con más frecuencia, resíduos de cenizas, sin duda alguna tambien humanas.

Ejemplo curioso de túmulo es el de Boigon (Francia). En él se han encontrado tres capas de tierra, superpuestas sin duda en tiempos distintos, y en cada una de ellas tantos restos humanos, que se calcula en unos setenta los cadáveres que allí recibieron sepultura: cada una de aquellas capas descansaba sobre un pavimento de piedras planas. Más de siete metros de longitud, por cinco bien cumplidos de ancho, medía este fúnebre aposento.

La clase de objetos que en los túmulos se encuentran, la perfeccion de su labor, el sitio donde se hallan y las demás circunstancias que la práctica y el conocimiento de estas obras primitivas descubran en ellas, podrán servir de mucho para señalar su mayor ó menor antigüedad; pero nunca para fijarla ciertamente. Posible es que estos monumen-

tos hayan sido utilizados en tiempos muy posteriores á su construcción, y así como los romanos plantaron sobre la cumbre de algunos de ellos atrincheramientos militares, y en la Edad Media se erigieron sobre otros capillas cristianas ó molinos de viento, que todavía duran, es posible que los galos, tan respetuosos con los muertos, encerrasen en estas sepulturas célticas los cadáveres de sus héroes y jefes (1). Lo indudable es, que la sepultura por incineración en los túmulos es tan frecuente, como es rara la de inhumación, y que en los numerosos de Aisne se encuentran abundantes útiles de bronce y hierro.

Escritura ó escultura prehistórica.—El hallazgo de signos desconocidos y de extraño aspecto en muchos de los monumentos de la Edad de piedra, ha dado origen á profundos estudios, cuyo resulta-

(1) En el sistema de orientación de los túmulos, puede encontrarse, según M. Galles, una fecha aproximada de su construcción. Pero todavía está muy atrasado este estudio para aventurarse en semejantes cálculos. *Rapport sur les fouilles du Mont Saint Michel en Carnac.*—*Les dolmens de la Trinité-sur-Mer*, par MM. L. de Couëse et L. Galles.—*Etude sur le Manné-Lud en Locmariaquer*, par R. Galles et A. Mauricet.—*Tumulus de Kercado*, par L. Galles.—*Antiquités de la Bretagne*, par l'abbé Mahé.—*La France archeologique*, par Fleury. M. Alejandro Bertrand ha publicado en su *Archeologie celtique et gauloise* la lista de los túmulos y dolmenes hallados en Francia. Mayor utilidad ofrece todavía para esto el *Dictionnaire archeologique* de la Gaule, que he citado alguna vez.

do no ha satisfecho á nadie. No es extraño, porque cuantas deducciones se hagan del estudio comparativo de unos cuantos signos, que casi siempre difieren entre sí, serán de todo inseguras, mientras nuevos descubrimientos no consientan ver un sistema que dé la clave de las investigaciones posteriores. Para la escritura cuneiforme de los asirios han bastado los perseverantes trabajos de Bottá y Menard, como los de Champollion y sus sucesores para descubrir el misterio oculto en los jeroglíficos egipcios; pero nada se ha hecho todavía de gran alcance en cuanto á monumentos prehistóricos se refiere.

El hallazgo y estudio del túmulo de Grav'Inis, y el entusiasmo de su poseedor M. de Closmadeuc, produjeron verdadero entusiasmo entre los aficionados á lo prehistórico, y creyóse por algunos que en las piedras de aquel interesante monumento se hallaban, como en compendio y cifra, los elementos de la escritura primitiva. Dichas piedras, en efecto, están cubiertas de singular ornamentación. Curvas parabólicas y paralelas, círculos, espirales, hachas esculpidas, y unos signos como cuneiformes, que no se enlazan entre sí como en las ruinas de Nínive, llaman la atención de tal manera, que no es de extrañar el entusiasmo que la noticia de su aparición produjo.

M. Closmadeuc, en un importante y curioso

trabajo que publicó en 1873 (1), se propuso reducir á sistema la infinita variedad de signos hallados en los monumentos del Morbihan, y en particular en Grav'Inis, y los clasificó de esta manera:

- 1.º Cupuliforme (en forma de cúpula).
- 2.º Pediforme (á manera de baston encorvado).
- 3.º Yugiforme (como un yugo).
- 4.º Pectiniforme (especie de peine).
- 5.º Celtiforme (imitando el arma llamada celta).
- 6.º Escutiforme (como un escudo).
- 7.º Asciforme (en forma de hacha).

No quiero entrar en el exámen de las teorías del fervoroso anticuario. Pero niego en redondo que sus indagaciones demuestren la existencia de una escritura en los monumentos célticos, no ya fonética, ni silábica, sino ni áun jeroglífica ó simbólica. Despues de reflexionar atentamente sobre la representacion de esos signos, y de considerar las razones expuestas por diferentes escritores, yo no veo en tales esculturas, grabadas sobre dolmenes, menhires, etc., sino motivos caprichosos de ornamentacion bárbara y primitiva. Su misma dis-

(1) *Sculptures lapidaires et signes gravés des dolmens dans le Morbihan.*

posición simétrica, y á veces geométrica, lo demuestra (1).

En algunos objetos prehistóricos hallados en Irlanda se encuentra trazada una especie de escritura, que no lo es, muy parecida á los palotes altos y bajos que hacen los niños que empiezan á escribir en pauta de primera. En el túmulo de Kenon-gat, en Plovan (Francia), se encontraron en 1875 unos signos, en su mayor número cupuliformes, un tanto prolongados. M. Paul de Chatellier, á quien debemos una minuciosa descripción de este monumento, publicada en la *Revue archeologique*, da excesivo valor á tales signos.

Las numerosas y groseras esculturas de algunas rocas de la Escandinavia ofrecen otro carácter, pues representan hombres, animales, barcos, etc. ¿Son escrituras simbólicas? Probablemente sí, aunque no conviene aventurar contestación alguna en el estado actual de la ciencia. Pero, desde luego, no se tienen por de la edad de piedra, sino de la del hierro, y aún M. Holmberg, que ha escrito el curioso libro *Esculturas de las rocas de Escandinavia* (1848), entiende que no son anteriores al si-

(1) *Recueil des signes sculptés sur les monuments mégalithiques* par M. de Cussé.—*Exploration at Lockmariaaker by Fergusson—Revue archeologique—On ancient sculpturigs, etc., by Simpson, etc., etc.*

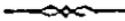
glo V, y que quizá corresponden al IX, como otras semejantes de Escócia. Debo decir que otros sabios, como los señores Lorange, Bruzelius é Hildebrand, las remontan á la Edad de Bronce. Lo mismo opina el conocido Oscar Montelius, cuyo nombre ha sonado una y otra vez en estos artículos, sin que el hallarse grabadas en algún dolmen, como el de Herrestrup, en la isla de Seland, diga nada en contrario.

La paciencia y escrupulosidad de los anticuarios han llegado hasta el punto de investigar los medios y útiles que se emplearon para abrir sobre la dura roca estas figuras y adornos. Según Abel Maitre, uno de los hombres que con más esmero se han consagrado á esta tarea, los signos y adornos de los monumentos megalíticos han sido trazados, á fuerza de paciencia, con una piedra dura como el pèdernal. Los señores Merimée y Closma-deuc suponen que la resistencia de aquellas losas de granito exige la talla con instrumentos de metal; pero curiosos y recientes ensayos favorecen la doctrina de M. Maitre (1).

(1) En uno de los túmulos de Alaise se encontró un trozo de vasija con un adorno ó estampilla, en que M. Castan, que ha descrito estos túmulos en su importante trabajo *Tombeilles celtiques et romanes d'Alaise*, (1858) lee el nombre de ales. Pocos ven lo mismo, y yo tambien, que tengo á la vista la reproducción publicada en el *Diccionario arqueológico de la Gália*, soy de los elegos, ó de los torpes. Si hubiera tal nombre, sería de la época galo-romano.

Ya era ocasión de terminar, amigo mío. He debrozado un poco el campo que usted, cultivado de estos estudios más diligente y afortunado que yo, ha de recorrer. Quisiéramos ambos que, como premio superior y anhelado de tan interesantes tareas, el clero español, y los católicos en general, cobrasen afición á estas cosas, no tan despreciables como algunos suponen. De todo lo dicho, y de cuanto usted añada, ha de resultar que reina todavía oscuridad profunda en cuanto se refiere á los orígenes del hombre. Pero esto ¿nos impide mirar al otro lado de la historia y descubrir en aquellas inmensas soledades los primeros pasos del género humano? Claro es que no; luego apliquemos la manó á la obra, y no consintamos que se hagan dueños exclusivos de ella los enemigos de la fé, que no se duermen cuando se trata de socavar los altísimos y robustos alcázares de la verdad revelada.

Y del benévolo lector y de usted se despide afectuoso, etc.



SUPERSTICIONES

SOBRE

LAS ARMAS DE PIEDRA.

El exámen atento y minucioso de los objetos de la edad de piedra suscita toda clase de cuestiones y hace interesantes los asuntos que á primera vista ofrecen ménos importancia. El desarrollo de los estudios prehistóricos ha alcanzado en Europa boga tan extraordinaria, que no se puede despreciar una ciencia que toca á la antigüedad del mundo y del hombre. Cierto es, que las investigaciones contemporáneas no se acaban aún á la clara luz de la verdad, y que, por el contrario, caminamos tardamente por oscuros laberintos; pero de los hechos recogidos se sirven los sábios para plantear cuestiones de la mayor trascendencia, no resueltas to-

avía en poco ni en mucho de un modo satisfactorio. Adviértese desde luégo que en la ciencia prehistórica no hay más que hipótesis fundadas en el aire, preguntas sin respuesta, acertijos dignos de proponerse á la esfinge de la fábula, adivinanzas enrevesadas y un afan loco de ir siempre más allá de los linderos trazados á la ciencia positiva.

Pero tal es el calor demostrado por los que se dedican á disipar las tinieblas que nos rodean, tan exquisito su celo y tantos los trabajos empleados en la averiguacion de estos misterios, que no hay valor bastante para censurar del todo unos empeños que, bien encaminados, atraen la admiracion de los doctos y se proponen buscar la verdad y llevar la luz de la historia á las oscuras regiones en que empezó la vida humana. Abrigo la persuasion de que al cabo han de dar provechosos resultados aquellas indagaciones, que todavía provocan la burlona sonrisa de muchas gentes. Pero ¿cuándo sucederá esto? ¿Hasta dónde llegará el provecho? Miétras tanto, cavemos hasta la roca, como decia Mallebranche, y no mostremos cansancio en los primeros pasos.

En las ideas extrañas, y muchas veces extravagantes, que en todos los países han despertado las armas de piedra mal entendidas, puede verse el vago recuerdo de una edad remota que no cono-

ció el uso de los metales. Esa multitud de supersticiones ligadas á las hachas y puntas de lanza de pedernal, serpentina, diorita, etc., son una comprobacion, algo lejana, es cierto, de que el hombre civilizado consideró por largo tiempo como posible un estado social distinto de aquel en que vivía, y revistió con el prestigio de las ideas religiosas y tradicionales unos objetos, cuya verdadera aplicacion y uso vislumbraba, aunque no entendía claramente. De esta manera se explica que en algunos pueblos se atribuyesen virtudes singulares á las armas de piedra, y que en otros se reservase su empleo para casos solemnes y de índole religiosa ó social, no obstante ser ya muy usados los metales. Mas no quiere decir esto, segun pretende un escritor de nuestros días, que la estimacion de los hombres primitivos por los objetos de piedra llegó á ser tal, que produjo el desprecio de las armas y utensilios de hierro, bronce y oro, hasta el punto de tenerlos como indignos de ser manejados por las altas jerarquías sociales, y de relegarlos á las castas inferiores ó impuras.

En apoyo de esta opinion de M. Arcelin (1) no se presenta testimonio alguno; contra ella los hay abundantes, y, sobre todo, el buen sentido entiende

(1) *Revue des questions scientifiques.*

que muy pronto se aprovecharon los hombres de las ventajas de los metales. Mejor fuera suponer lo contrario de lo que sostiene M. Arcelin, y creer que las legiones del ejército de Jerjes vencidas por los griegos y que, según Herodoto, llevaban armas de piedra, correspondían á las últimas clases y eran quizá tribus bárbaras arrancadas de los confines del gran imperio asiático para aumentar el ejército de los persas.

Pero dejemos aparte estas cuestiones, que súbitamente presenta el asunto, y vengamos al sencillo relato de las supersticiones relativas á las armas de la primera época prehistórica.

La opinión más extendida en todo el mundo antiguo sobre el origen de dichos objetos, es aquella que todavía dura y, según la que, proceden de la atmósfera. Es, dentro de su sinrazón, una especie que corresponde á las ideas vulgares sobre los fenómenos eléctricos. Encontrándose esas piedras en el campo y á diferentes profundidades, es natural en quien no conoce la naturaleza de aquellos fenómenos y pretende averiguar sus efectos, creer que las exhalaciones consisten en esas piedras extrañas, cuyo verdadero origen se desconocía. ¿Cómo ha de suponer el vulgo que un fluido imponderable, sutil é impalpable puede remover la tierra, rajar los árboles, abrir hondas brechas en

los más fuertes muros, liquidar el bronce y llevar por todas partes la desolacion y la muerte? Más natural era, en el estado atrasadísimo de la meteorología, atribuir aquellos efectos á esas piedras cortantes, de una naturaleza y textura extrañas, cuyo uso y primitivo origen no se adivinaba. Así es, que en todos los pueblos, lo mismo en el Japon que en Dinamarca, en Islandia como en España, los nombres con que el vulgo conoce estos objetos encierran más ó ménos latamente esta idea: piedra del rayo. Pudiera amontonar aquí las denominaciones propias de cada lengua, y su exacta traduccion en la española para comprobar lo dicho, pero fuera esta tarea larga, enojosa y casi inútil. Lo singular es que todavía persisten estas denominaciones, pudiendo el lector persuadirse de ello consultando á los campesinos de su país, cualquiera que éste sea. ¡Tan lentamente se extienden del centro á los lados las verdades demostradas hace mucho tiempo por las ciencias físicas! (1).

(1) Nuestro Feijóo tuvo conocimiento de la opinion de M. Jusieu sobre las piedras del rayo, que explicaba diciendo, que eran armas de los tiempos antiquísimos, cuando los salvajes no empleaban aún los metales. M. Jusieu creia esto, por saber que los indios americanos colocaban piedras aguzadas en las puntas de sus lanzas y flechas; pero aunque el benedictino español no desechó esta teoría, que calificaba de ingeniosa, tampoco la adoptó. *Teatro crítico*, tomo VIII, discurso 9.º

Como he dicho en otra parte, griegos y romanos tuvieron tal idea de las piedras del rayo, que hasta las dieron cierto culto. Llamábanlas aquéllos *Κεραύνια* y éstos *Ceráunia*, de la voz primitiva *κεραυός* (rayo). Cuenta Porfirio que el gran Pitágoras sufrió á su llegada á Creta la purificación de la *ceráunia*. En Roma se adornaban las diademas de Isis y de Juno con *ceráunias*, sin duda para indicar que eran las diosas del cielo: evidentemente aludia el poeta Claudiano á las armas de piedra, que ya se encontraban entónces en las cavernas de los Pirineos, al decir lo siguiente:

Pyreneisque sub antris

Igneæ flamineæ legere ceráunia nymphae.

Conocian hebreos y egipcios el uso de los metales y empleábanlos pródigamente. Sin embargo, en ciertos casos usaban de cuchillos de piedra, sin que esto sca decir que eran armas antiguas aquellas de que se servían. Los hebreos circuncidaban á los niños con un cuchillo de pedernal (costumbre litúrgica que parece conservan), y los egipcios abrían los cadáveres con una piedra de Etiopía.

Atribuyendo origen atmosférico á lo que no era otra cosa que producto de la industria humana, el pueblo ha supuesto siempre que las armas de la edad de piedra encerraban ciertas virtudes maravillosas, por lo que las recogía y guardaba

cuidadosamente, fiando en ellas mucho para evitar ciertos males y peligros. Por una especie de paradoja inconcebible llegó á considerar capaces de evitar el rayo á los objetos que tenía por el rayo mismo, y presumió que estaba libre de las exhalaciones toda esa ó lugar donde se enterraba un hacha prehistórica.

A este tenor, son muchas las supersticiones y falsas creencias que corren relacionadas con los sílex, dioritas, jades y serpentinas que labró el hombre primitivo para su guarda y para ofender á sus semejantes y á los animales. En Baviera, Alsacia, Suiza, Siberia y en otros países se cree que tienen virtud medicinal casi infalible (1).

De esto á considerarlas como amuletos había un corto paso. Así es que, no sólo se han llevado al cuello ó en cualquier otra parte del cuerpo, sino

(1) Algo de esto sucede en España, aunque no en grande escala. Yo poseo un hermoso trozo de *heliotropo sanguineo*, trazado á guisa de amuleto más bien que de arma, que perteneció á una persona de mi familia, según la cual, servía para curar los flujos. Hace dos meses no pude lograr una linda y pequeña hacha que posee una persona de mi país, porque, según me dió á entender, servía para fines que, sin duda por librarme de mis chanzas, no se atrevió á explicarme. Recientemente se han encontrado dos hachas, notables por su tamaño, textura y forma, que posee mi amigo D. Darío Trabado, y los campesinos del pueblo de Castilla la Vieja, donde se hallaron, dieron por cierto que procedían de las nubes, y que, por consiguiente, gozaban de eficacia medicinal.

que en ocasiones se tuvieron como adorno principalísimo. En el museo del Louvre se admira un áureo collar etrusco, cuyo adorno principal es una flecha silícea (1). Sirvieron también para sortilegios y encantamientos y, cuando faltaban originales, se reprodujeron en materias preciosas y en metales estimados (2).

Estas supersticiones populares no se refieren solamente á las armas de piedra, sino que se extienden con mayor vigor á los monumentos de toda clase de la edad prehistórica, en particular á los megalíticos, según indiqué en mis artículos anteriores. Era natural, pues los hombres habían de mostrar mayor admiración y asombro delante de las piedras oscilantes, dolmenes gigantes, etc., que por simples pedazos de piedra, cuyo tamaño y condiciones no son bastantes por sí solos para atraer la atención.

(1) También hay ejemplares análogos en el Museo británico.

(2) Arcehin, *Revue de questions scientifiques*; Cartailhac, *L'âge de pierre dans les souvenirs et superstitions populaires*, Paris, 1878; *Congrés Archéologique de France*, XLI session, 1875.

M. Cartailhac menciona el recuerdo histórico, consignado por Suetonio, de que el emperador Galba, habiendo visto caer un rayo en un lago de la Cantábrica, mandó que se registrase, sacando de él los soldados doce hachas. Como más adelante Diocleciano, cuando mató el jabali imperial, según la profecía de la hechicera, Galba juzgó el hallazgo como indicio de que había de obtener la púrpura.

La escuela trasformista pura encuentra en estas falsas creencias de que tratamos, una prueba palpable de la division cronológica, profunda y marcada, que hubo entre las edades prehistóricas de la piedra, el bronce y el hierro. M. Cartailhac cree, en efecto, que esa misma devocion misteriosa relativa á las hachas y flechas demuestra que se habia perdido del todo hasta el recuerdo de la edad de piedra: opinion indicada ántes por Evans, Lubbock, Hamy y otros escritores de estos dias.

Yo, por mi parte, íntimamente persuadido de la division de estas edades, creo imposible que entre ellas hubiese lapso alguno de tiempo; ántes bien, me parece que corrió una época de transicion en que se empleaban á la vez la piedra y los metales. De esta manera se explican las doctrinas algo exageradas del egiptólogo Chabas, el texto de Herodoto relativo á las guerras médicas ántes mencionado, y, sobre todo, la multitud de dolmenes, yacimientos y túmulos en que se han hallado reunidos objetos de piedra y de metal. No puede negarse en absoluto el sincronismo de los objetos de diferente naturaleza, que en términos generales aceptamos como tipos de las épocas prehistóricas (1).

(1) Para esto es muy digna de ser leida la reciente obra de M. Chantre, titulada, *Etudes paléontologiques dans le*

Pero, en cambio, tampoco participo de las teorías de M. Arcelin. Este quiere explicar este sincronismo y el hecho de vivir á un tiempo los hombres llamados prehistóricos del Occidente y las naciones civilizadas del Asia, diciendo que los primeros habitantes de Europa pertenecian á la casta de los guerreros de Oriente: que no conocían el uso de los metales por ser su extraccion y laboreo patrimonio de las castas inferiores, y, por tanto, que no lo trajeron á Europa: que al fijarse en la parte occidental de ésta, perdieron toda comunicacion con las regiones de donde procedian, cayendo así en un estado salvaje.

La teoría es ingeniosa, pero carece de pruebas y testimonios. ¿De dónde se sabe que precisamente las castas impuras del Asia se reservaban el secreto de los metales? ¿Cómo es posible atribuir esa especie de dignidad jerárquica á la piedra? ¿Cómo perdieron nuestros aborígenes el empleo del metal, tan útil y conveniente á la vida? ¿Qué señales quedan de esa inmigracion exclusivamente guerrera?

bassin du Rhône. Age du bronze. Lyon, 1875-1876. A pesar de la fecha, hace pocos meses que ha terminado la impresion de este curiosísimo libro.

Véanse tambien las dos obras del Sr. Venturoli, *L'uomo preistorico* y *Le età preistoriche*; esta última acaba de publicarse en la excelente revista de Bolonia, *La Scienza Italiana*. El criterio del Sr. Venturoli, cuya sabiduría admiro, es demasiado excéptico.

Para concluir, repetiré unas palabras del sabio arqueólogo francés: «Los hechos conocidos son todavía muy contados, muy raros para que se admitan sin demostración.»

Atengámonos todos á este consejo, que es en gran manera racional y juicioso.

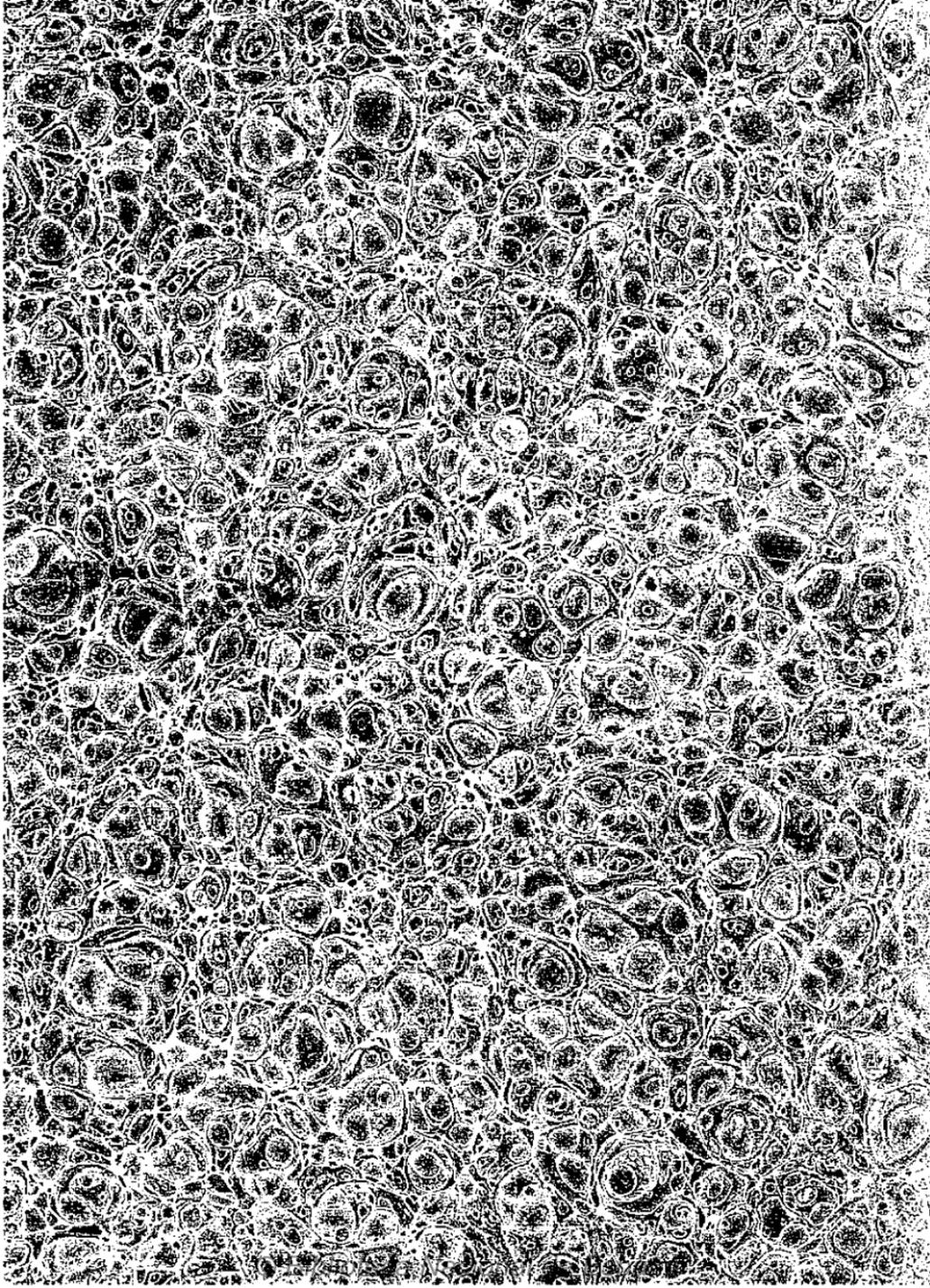
CON LICENCIA ECLESIASTICA.

CORRECCIONES IMPORTANTES.

En la página 8^a, línea 9.^a, dice «Luz superior de la revelacion.» Léase «Luz de la Divinidad.»

En la página 10, línea 8.^a, dice «Se acercó mucho.» Debe decir «Se acercó mucho, aunque no de golpe.»

Véndese este opúsculo á 8 reales ejemplar en las principales librerías de Madrid y en la Administración del periódico *El Fénix*, Balles-ta, 6, principal derecha.





1001906944

95839089809

